

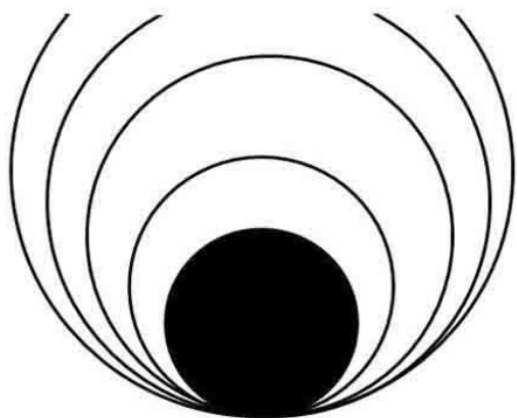
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

**¡CORRE, GRITA...
Y MUERE!**

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

**¡CORRE, GRITA...
Y MUERE!**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.050
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 15.428 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1982

1ª edición en América: diciembre, 1982

© Clark Carrados - 1982

texto

© Tamurejo - 1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) - Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

La fiesta había sido muy divertida y se había divertido enormemente, hasta que un estúpido, que quería hacerse el gracioso y reírse a su cuenta, le dio un cigarrillo. Rod Fancey inhaló varias bocanadas de humo antes de darse cuenta de que lo que contenía aquel tubito de papel no era precisamente tabaco de Virginia.

Había tomado unas cuantas copas, lo cual resultaba natural en semejantes circunstancias. Sin embargo, y aunque estaba ligeramente «achispado», no había llegado ni mucho menos al estado de embriaguez. Pero el maldito cigarrillo le puso al borde de la muerte o poco menos.

Maldiciendo al gracioso, Fancey tuvo que ir al baño, en donde devolvió todo lo que había comido y bebido aquella noche. Luego, cuando se sintió un poco mejor, aunque no totalmente restablecido, decidió marcharse a su casa.

Una falsa Cleopatra, de senos vacunos, intentó detenerla. Fancey se deshizo de ella con las mejores maneras posibles y continuó su ruta en busca de la salida.

Alguien le llamó estridentemente:

—¡Eh, Groucho Marx, ven a fumar otro cigarrillo!

Fancey se volvió. A través de la niebla que velaba parcialmente su retina, divisó al hombre disfrazado de Robespierre que le había dado antes el cigarrillo de marihuana.

El sujeto reía estruendosamente. Fancey cortó sus risas de un tremendo puñetazo. «Robespierre» cayó pies en alto, aullando como un energúmeno, a la vez que escupía sangre por los labios partidos.

—Estamos... en paz... —tartajeó, mientras hacía esfuerzos por mantener el equilibrio. Ajeno al escándalo que se había originado, ganó la puerta, cruzó el jardín, atravesó la verja y se encontró en una amplia avenida.

Buscó en sus bolsillos, pero no consiguió encontrar la llave de su

coche. Sin embargo, no lo lamentó; en las condiciones en que se encontraba habría sido un suicidio situarse tras un volante.

Encontraría un taxi, se dijo, mientras caminaba haciendo esos por la acera. Poco después, el fresco de la madrugada empezó a despejarle y se sintió bastante mejor.

Pero necesitaría dormir unas cuantas horas antes de restablecerse por completo. Una vez más, maldijo al gracioso disfrazado de Robespierre.

—A él también deberían llevarlo a la guillotina —rezongó.

Un coche largo y negro llegó silenciosamente y se detuvo a poca distancia. Dos hombres saltaron de la parte posterior.

—Hola, jefe —dijo uno de ellos.

—Ho... hola —contestó Fancey.

Se acercó al coche, entró y se sentó en el asiento posterior.

—A casa —ordenó.

—Espere un momento, jefe —pidió uno de los individuos—. Tiene que ver algo interesante.

A Fancey empezaba a dolerle ahora la cabeza.

—No quiero ver nada...

—Espere, espere —le dijeron.

El otro individuo añadió:

—¡Mire, jefe! ¡Allí, ahora!

Fancey hizo un esfuerzo por ajustar su visión. Al otro lado de la calle, algo más arriba, se veía a un hombre que caminaba con gran apresuramiento.

Otro individuo surgió de la esquina próxima. El primero le vio y lanzó un agudo chillido, a la vez que giraba en redondo y echaba a correr como si le persiguiese el mismísimo diablo.

—¡Qué manera de gritar! —se escandalizó uno de los sujetos que estaban junto al coche.

—Va a despertar a toda la vecindad. No hay derecho —dijo el otro.

De repente, se oyeron varios chasquidos. Fancey vio brillar unos cuantos fogonazos. El fugitivo pareció tropezar, aunque dio la sensación de que se recuperaba y podría continuar su huida. Pero un nuevo disparo lo arrojó al suelo exánime.

—Ya está, jefe.

—Larguémonos, Dan —dijo el otro.

Fancey se dio cuenta entonces de que había un hombre tras el volante. Los dos individuos se metieron presurosamente en el coche, que arrancó de inmediato.

El asesino había desaparecido. La víctima yacía en el suelo, de bruces. La sangre corría en regueros hasta la calzada.

Fancey se durmió a medias, sin saber exactamente lo que sucedía. Cuando recobró en parte la consciencia, se encontró en una lujosa habitación. Aquellos dos individuos le ayudaban a desvestirse.

—Muy bueno su disfraz, jefe —dijo uno de ellos, sonriendo alegremente.

—Es más alto que el auténtico, pero si no fuese por ese detalle, nadie sabría reconocer a uno y otro. Jamás había visto a un Groucho Marx tan auténtico —dijo el otro.

—Quiere que le quitemos el bigote pintado, ¿jefe? —consultó el primero.

Fancey no sabía dónde estaba ni por qué le llamaban jefe, pero no tenía ganas de discutir en aquellos momentos. Lo único que quería era dormir, dormir... Durmiendo eliminaría la droga... ¡Maldito Robespierre!, pensó, segundos antes de hundirse en la consoladora inconsciencia del sueño.

Cuando despertó, sintió un terrible dolor de cabeza. Se incorporó en la cama y comprobó asombrado que no estaba en su casa.

—¿Adónde he ido a parar yo? —exclamó.

Pasados unos momentos, se sintió con fuerzas para levantarse. En alguna parte habría un baño, calculó, y acertó muy pronto. Antes de un minuto, ya estaba bajo la frialdad del agua de la ducha.

Seguramente, habría también aspirinas en el armario del baño, pero decidió no tomar nada. El dolor de cabeza se iría por sí solo.

Poco después, empezó a recordar los acontecimientos de la víspera. La fiesta de disfraces, el estúpido que le había dado un cigarrillo de marihuana, su malestar... y luego los tipos que le habían salido al encuentro y le habían obligado a presenciar un asesinato.

—Esto es una cueva de bandidos —dijo entre dientes.

Empezó a vestirse. Ahora llevaba las ropas de Groucho Marx, aunque ya se había quitado el bigote. Buscó las gafas, que no tenían

cristales, y se las puso. Le cambiarían algo el aspecto. Le habían tomado por un jefe al que no conocía, pero si llegaban a saber la verdad, le pegarían cuatro tiros.

—Y se quedarán tan tranquilos —masculló.

Abrió la puerta del dormitorio y se encontró de repente en un salón en donde había tres hombres que le contemplaban sonrientes.

—¿Ha descansado bien, jefe? —preguntó uno de ellos.

—Tiene un aspecto magnifico —dijo otro.

El tercero le ofreció una taza de café.

—Esto le sentará bien —indicó.

Fancey asintió en silencio. Sobre la mesa, observó, había un impresionante fajo de billetes.

—Tienes que dárselos, Spike —dijo el primero que había hablado.

Spike era un sujeto de mediana estatura, un tanto rechoncho y de ojos y mirada penetrante.

—Sí, Kit —contestó.

El fajo de billetes fue a parar a las manos de Fancey.

—Son suyos, jefe —indicó Spike.

Fancey dudó durante una brevísima fracción de tiempo. Aquellos tipos consideraban que el dinero era suyo. Si lo rechazaba, sospecharían de inmediato y acabaría como aquel desdichado de la noche anterior. Aún le parecía verle correr, gritar... y acabar muriendo de mala manera.

Hizo una mueca que quería parecer una sonrisa y luego se echó el dinero a uno de los bolsillos del traje, con ademán negligente.

—Gracias, muchachos; se han portado todos estupendamente. — Le pareció que eso no le comprometía a nada—. Lo tendré en cuenta, créanme.

—Gracias a usted —dijo Spike—. Ah, y no deje de estudiar el asunto de la *Werrens Schuman*. Bien hecho, puede proporcionarnos un botín de medio millón.

—Una vez lo haya estudiado, pueden considerarlo cosa hecha, sin el menor fallo —contestó Fancey con aire de suficiencia.

Luego se encaminó hacia la puerta. Kit corrió a abrirla y le dirigió una sonrisa llena de servilismo.

—No sabe cuánto me alegro de haberle conocido al fin, jefe —musitó aduladoramente.

Fancey le dio una benévola palmadita en la espalda. Luego se encaminó con paso firme hacia el ascensor.

El aparato disponía de un espejo. Fancey se contempló en él, mientras descendía al vestíbulo.

—¿Ése soy yo? —se preguntó.

El espejo le devolvió la imagen de un hombre alto, aunque no demasiado, pelo negro y rizado, con raya a un lado, casi en el centro, y lentes de contornos circulares. El bigote le había desaparecido, aunque se advertían algunos rastros del lápiz graso negro con que se lo había pintado. Al verse de aquella forma, se preguntó qué maldita idea había tenido al aceptar la invitación a la fiesta de disfraces.

Una cosa era segura: con aquel aspecto, los miembros de la banda de asesinos, podían localizarle, apenas se diesen cuenta de su error. Las consecuencias eran fáciles de imaginar.

Lo primero que hizo al llegar a su casa fue contar el dinero. Casi se cayó de espaldas.

—¡Jesús! —exclamó.

Había ciento cincuenta billetes y todos eran de mil. ¿De dónde diablos habían sacado aquellos tipos una suma tan enorme?

Durante unos momentos, reflexionó acerca del uso que debía dar a aquel dinero, evidentemente de origen nada honesto. Luego pensó que ya le quedaría tiempo de tomar una decisión sobre el particular. Puso el fajo de billetes detrás de unos libros y a continuación se fue al baño.

Torció el gesto al salir de la bañera. A pesar de sus esfuerzos, el pelo continuaba negro y un tanto rizado.

—Tendré que volver a la peluquería —murmuró.

Las ropas del disfraz fueron a parar a un saqueto de tela, del que se desharía en la primera ocasión que tuviese. Hizo café, tomó un par de tazas y, aunque le parecía tener algo de apetito, juzgó convenientemente mantenerse en ayudas durante algunas horas, a fin de eliminar por completo ciertas toxinas que no le hacían ningún bien. Luego se vistió y fue a la peluquería en donde le habían arreglado el cabello especialmente para la fiesta.

Cuando terminó, eran las siete de la tarde. Al mirarse en un espejo, no pudo por menos de lanzar un largo suspiro de alivio.

—Ahora soy yo nuevamente —murmuró.

Regresó al apartamento. Consultó su agenda y marcó un número de teléfono. A los pocos segundos, oyó una voz de mujer al otro lado del hilo. Fancey pidió hablar con la señorita Parks.

—Su nombre, por favor —exigió la mujer, evidentemente una sirvienta.

—Fancey —contestó él.

—Bien, aguarde un momento, señor.

Transcurrió casi un minuto. Al fin, Fancey volvió a escuchar la voz de la anfitriona.

—¿Rod?

—Sí, el mismo. Eres Wendy, supongo.

—En efecto. ¿Qué te sucede, Rod?

—Me gustaría hablar contigo —manifestó Fancey.

—¿Ahora?

—¿Hay algún inconveniente?

—Tengo que asistir a una cena... Estoy comprometida desde hace mucho tiempo, Rod. ¿Por qué no vienes mañana a casa, a las once?

—Perfectamente; de todos modos, no tengo gran prisa, aunque si me interesa verte de nuevo.

—Como quieras, Rod. Entonces, hasta mañana a las once.

—Hasta mañana, Wendy.

Fancey colgó el teléfono y se sentó en una butaca para leer la información relativa al asesinato de que había sido testigo la víspera. El muerto se llamaba Philo Garret y, según la Policía, todo se debía a un «ajuste de cuentas» entre pandilleros.

—No me extraña en absoluto —comentó al terminar la lectura.

Empezó a sentir hambre y se dijo que ya era hora de calmar las protestas de su estómago.

CAPÍTULO II

Un imponente mayordomo le condujo a través de los salones de la mansión, hasta la terraza posterior de la casa, en donde la dueña estaba tomando el sol de una forma muy extraña.

Había allí una especie de mampara de lona rayada en vivos colores, como un rectángulo que parecía un gran cajón de embalaje, aunque no estaba cerrado por la parte superior. Tampoco había lona en la zona que daba a la piscina, a cuyo borde se encontraban las dos paredes del singular artilugio.

—Señorita, el señor Fancey —anunció el mayordomo.

—Está bien, Augustus —sonó una voz en el interior de aquel recinto—. Traiga unas bebidas y déjenos solos, por favor.

—Sí, señorita.

—Rod, perdona que te hable desde aquí, pero es que estoy desnuda —dijo ella.

Fancey respingó.

—Oh... Comprendo —rió—. Así te evitas miradas indiscretas.

—Y también el acoso de un fotógrafo desvergonzado. A veces soy extravagante, pero no hasta el extremo de permanecer desnuda en público.

—Hoy en día, eso ya no es casi extravagancia —filosofó él.

—Bueno, yo tengo mi opinión acerca del asunto. Rod, ¿qué querías de mí? ¿Tan importante es?

Augustus llegaba en aquel momento con la bandeja. Fancey se apoderó de los dos vasos altos y el mayordomo dejó la bandeja vacía sobre una mesa de terraza. Un brazo, de mórbidos contornos, asomó por encima del parapeto de lona.

—Salud, Rod —dijo Wendy.

—Salud —murmuró él—. ¿Has oído hablar del asesinato de Phil Garret, Wendy?

—No suelo leer los periódicos. ¿Qué pasó? ¿Lo conocías?

—¿Me permites que te explique lo que pasó ayer, a partir del momento en que dejé tu casa?

—Sí, claro. Por cierto, sentí mucha extrañeza. Te vi con un aspecto horrible... Creo que estabas demasiado bebido, ¿no?

—Te equivocas. Tenía una copa de más en el cuerpo, es verdad, pero nada que pudiera perjudicarme. Lo que sucedió es que alguien me dio un cigarrillo de «hierba» y yo no lo advertí hasta consumido casi un tercio. Con el poco alcohol que llevaba en el cuerpo, resultó una combinación fatal.

—Sé que algunos fumaron marihuana anoche —dijo Wendy—. Los conozco. No volveré a dirigirles la palabra en los días de mi vida. Y así se lo dije a quienes encontré fumando esa peste de hierba. Soy muy liberal y comprensiva para ciertas, cosas, pero en otros asuntos soy muy estricta. Me comprendes, ¿verdad? Bueno, habla de una vez, Rod. Suelta todo lo que tengas dentro.

—Muy bien, Wendy. Escucha...

Al terminar su narración, Fancey, en lugar de la respuesta que esperaba, oyó un fuerte chapoteo en el agua de la piscina. Miró hacia allí y vio una silueta blanca que se movía forzosamente en el interior de la masa azul verdosa.

Wendy le miró una vez y le guiñó el ojo alegremente. Fancey se resignó y buscó una silla, en la que se sentó, a esperar con la ayuda de un cigarrillo.

Wendy apareció un cuarto de hora más tarde, anudándose el cordón de la bata corta, que llegaba apenas a la mitad de los muslos. El cabello, negro como ala de cuervo, quedaba suelto sobre sus hombros y llegaba casi a la mitad de la cintura. Los ojos tenían una intensa tonalidad verde, como Fancey había visto jamás en su vida.

Era una mujer realmente arrebatadora, pensó. Alta, de figura escultural y con un rostro de fascinante belleza, que no se podía olvidar excelente cualidad: resultaba muy sencilla, nada pagada de sus encantos personales ni de su inmensa fortuna.

—Rod, dime, ¿cómo se te ocurrió caracterizarte de Groucho Marx? —preguntó la joven.

—Bueno, creí que sería algo original. No soy demasiado alto, de otro modo, el disfraz no habría tenido éxito. Además, resultó cómodo de realizar y también barato. Encontré un frac de mi padre,

ya viejo... y el resto resultó fácil.

—Muy bien, ¿y qué piensas hacer ahora?

—Tú tienes una lista de tus invitados, supongo.

—Desde luego.

—Me gustaría que me diceses una copia, Wendy.

—¿Para qué? —se extrañó la muchacha.

—Bueno, alguien iba a venir disfrazado también de Groucho Marx. De lo contrario, no habrían estado aquellos tipos aguardándome a poca distancia de la casa ni tampoco me habrían hecho presenciar el asesinato de Garret. Evidentemente, sabían que su jefe iría disfrazado del mayor de los hermanos Marx y no se detuvieron a pensar que yo era el hombre... que no debía ser.

—Eso significa que quieres encontrar a... el jefe.

—Así es, Wendy —confirmó Fancey.

—Pero si el jefe tenía que venir disfrazado de Groucho...

—No vino. Y el hombre que faltó a la fiesta es el jefe.

Ella se quedó pensativa unos momentos.

—Llamaron unos cuantos, muy pocos, anunciando su ausencia por motivos inaplazables. Augustus tenía una lista y comprobaba la identidad de todos los invitados, aunque, lógicamente, se reservaba el secreto para sí, a fin de que ningún invitado pudiera reconocer a otros.

—Y tú, ¿lo sabías? Quiero decir si te enteraste de los nombres de los que faltaban.

—Sí, aunque no los recuerdo exactamente —respondió Wendy—. Augustus me lo dijo en un aparte. Me enseñó la lista, en la que estaban indicados todos los asistentes y, lógicamente, también señalados los ausentes. Yo le indiqué que la dejase en mi escritorio y ya no me preocupé más del asunto.

—Te agradecería me dejases esa lista, Wendy.

—No faltaría más, Rod.

Wendy echó a andar, pero se detuvo de pronto y volvió su rostro hacia el joven.

—Rod, ¿no tienes miedo de que te confundan esos rufianes? —preguntó.

—No, en absoluto. Yo estuve disfrazado todo el tiempo, incluso durante mi permanencia en aquella casa. Además, debes tener en cuenta que, a fin de conseguir un mejor parecido con Groucho

Marx, fui a la peluquería y pedí que me tiñesen el pelo y lo peinasen como él. Cuando abandoné el apartamento de esos asesinos, también llevaba puestas unas falsas gafas, de modo que sólo me faltaba el bigote. Pero ahora... —Fancey se acarició la cabeza—. Bueno, soy rubio y tenía bastante pelo, pero he hecho que me lo corten bastante, en un estilo vagamente romano. Llevo una cazadora, camisa a cuadros y pantalones claros. ¿Me parezco al Marx de anoche?

Wendy se echó a reír.

—Evidentemente, no, Rod.

—Ah, una cosa. ¿Quién era el Robespierre al que partí la boca? Te aseguro que no soy un hombre violento, pero cuando me di cuenta de la jugarreta que me había gastado, no me pude contener y...

—Se llama Clem Butler y es uno de los que han dejado de ser mis amigos —contestó la joven—. Bien, ahora te traeré la lista...

En aquel instante, se oyó un agudo chillido de mujer que sonaba en el interior de la casa. La voz de Augustus sonó con acentos de viva protesta.

Fancey se alarmó.

—¿Qué pasa aquí?

De repente, se oyó un estampido. Wendy retrocedió, instintivamente asustada. Fancey buscó algo que pudiera servirle para defenderse. Lo único que encontró fue una sombrilla plegada, apoyada en la pared. Con el extremo aguzado de la varilla, podía atacar al intruso...

Un hombre corrió frenéticamente a lo largo del jardín. Fancey y la muchacha lo vieron cruzar la verja, subir a un automóvil y desaparecer en contados segundos.

En la puerta que comunicaba con el interior de la mansión apareció una doncella que parecía al borde del histerismo.

—Señorita... Augustus... ha sido asesinado... —gimió.

Las rodillas de la sirvienta se doblaron. Fancey apenas si tuvo tiempo de saltar hacia adelante para recogerla en sus brazos y evitar que se golpeará al caer desmayada.

Wendy parecía aturdida, incapaz de reaccionar.

—Trae una toalla de baño —pidió el joven.

Wendy obedeció en el acto. Fancey dejó a la doncella en el suelo

y se precipitó en el interior de la casa.

La puerta del escritorio de Wendy estaba abierta de par en par. Desde el umbral, Fancey vio el cuerpo exánime del fiel mayordomo, con un horrible agujero en medio de la frente.

La mesa de despacho aparecía revuelta. Fancey adivinó de inmediato qué era lo que había venido a buscar asesino.

Wendy llegó en aquel momento. Vio al mayordomo muerto y se volvió de espaldas. Fancey tenía ya el teléfono en la mano.

—Wendy, estoy seguro de que se han llevado la lista de invitados —dijo—. No menciones ese detalle a la Policía.

—¿Por qué? Tendría que declararlo, me parece...

—El que se llevó esa lista podría pensar que tú recuerdas los nombres de tus invitados. Será mejor que evitemos toda ocasión de riesgo —aconsejó él.

Marcó el número de la Policía e informó de lo ocurrido.

CAPÍTULO III

Cuando los policías se hubieron marchado y el cadáver de Augustus, en una ambulancia, fue trasladado al depósito, Fancey y Wendy quedaron unos momentos a solas.

—No sabes cuánto lamento las complicaciones que te he traído —dijo él—. Claro que es infinitamente más lamentable la muerte del pobre Augustus. Eso sí que no tiene remedio, Wendy.

Ella tenía los ojos llorosos y asintió.

—La culpa no es tuya —contestó—. Se te ocurrió disfrazarte de Marx sin saber que otro, que no acudió a la fiesta, había tenido la misma idea. Ése es el verdadero culpable, Rod. Me gustaría que lo metiesen en la cárcel para toda su vida... aunque todavía podemos hacer algo.

—¿Tú crees?

—Aguarda un momento, por favor.

La Policía había examinado el despacho en busca de huellas. El oficial encargado de la investigación había supuesto que el asesino llevaría guantes, extremo que había sido corroborada por la doncella testigo del crimen. Era inútil, pues, buscar pistas en este sentido.

Wendy, por tanto, podía actuar en el despacho. Sentada frente al escritorio, examinó un par de cajones. De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Ah, aquí está! Rod, es una copia de la lista de invitados, que guardé para una eventualidad. La que usó Augustus quedó encima de la mesa y ésa fue la que se llevó el asesino.

—Pero faltarán las señales que puso Augustus sobre los ausentes —dijo él.

—Recuerdo algunos nombres —contestó Wendy. Se mordió los labios un momento y luego, con la ayuda de un lápiz, trazó varias cruces en distintos puntos de la hoja de papel. Al terminar, se la

entregó al joven. Presumo de buena memoria y creo que no falta ninguno— sonrió.

Fancey examinó la lista, en la que había más de cien personas.

—Faltaron dos matrimonios y cuatro personas que venían sin pareja, como yo. Dos hombres y dos mujeres. Pienso que el sospechoso debe de estar entre ellos, ¿no te parece?

—Estoy de acuerdo contigo, Rod.

—¿Sabías de antemano el disfraz que iba a llevar cada invitado?

—No. A pesar de todo, reconocí a la mayoría. Pero una cosa puedo asegurarte: eras el único que vino bajo la apariencia de Groucho.

—Bien, eso reduce la lista de sospechosos a dos hombres.

—¿Por qué han de ser hombres? También una mujer puede disfrazarse de Groucho Marx.

—Sí, pero ellos le llamaban, me llamaban jefe, y no jefa, luego es un hombre —insistió Fancey.

—Es razonable —convino la joven—. Sin embargo, los dos casados pueden resultar sospechosos. ¿Quién sabe si uno de ellos no usó a su pareja como tapadera?

—¿Los conoces, Wendy?

—Una de las parejas no es amistad especialmente íntima, pero, vaya...

—¿Por qué no hablas con las mujeres y les preguntas qué les pasó para no acudir a la fiesta? De sus respuestas, podríamos deducir algo interesante, ¿no te parece?

—No es mala idea, aunque ahora... —Wendy se pasó una mano por la frente—. Aún me encuentro un poco trastornada —manifestó.

—Sí, es lógico. ¿Puedo hacer algo más por ti?

—Gracias, Rod, eres muy amable... Espero verte en los funerales del pobre Augustus...

—Naturalmente, no pienso faltar —se despidió él.

Fancey regresó a su casa. Una de las cosas que hizo primeramente fue comprobar si el dinero seguía en su sitio. Se preguntó qué podía hacer con ciento cincuenta mil dólares que tenían un origen escasamente honesto.

De pronto, se le ocurrió una idea. Sin embargo, no era el momento oportuno para ponerla en práctica. Más adelante, al día siguiente o al otro, tal vez...

Al cabo de un rato, se sentó ante el teléfono, buscó en su agenda y marcó un número.

Una voz femenina le contestó a los pocos momentos.

—Agencia Brampton, señor. ¿Qué desea de nosotros?

—Quiero hablar con el jefe. Si no está, anóteme una cita para el momento que le parezca conveniente.

—Un momento, por favor —rogó la mujer—. Mañana, a las tres de la tarde. ¿Le conviene?

—Excelente, señorita, muchas gracias. Ah, me llamo Fancey. El señor Brampton ya me conoce.

—Muy bien, señor Fancey. Gracias por habernos llamado.

Dean Brampton era un sujeto de aspecto virtuoso, impecablemente vestido, pero cuya apariencia de hombre mesurado quedaba un tanto desvirtuada por el cigarro que sostenía constantemente con los dientes. Fancey sabía que era uno de los mejores investigadores privados de la ciudad y tenía experiencias personales acerca de su labor detectivesca.

—Por eso he acudido a usted —dijo, después de los primeros saludos.

—Gracias por haberse acordado de mí —contestó Brampton—. ¿Cuál es su problema ahora?

Fancey le entregó un papel en el que había dos nombres.

—Quiero conocer la mayor cantidad posible de datos de esta pareja —declaró.

Brampton estudió los nombres y luego hizo un gesto afirmativo.

—No tendré la respuesta por la noche, precisamente —dijo.

—Me lo suponía. A propósito, tengo que darle un anticipo...

—Es la costumbre, Rod.

Fancey sacó un puñado de billetes. Había tomado dos de mil, que cambió por la mañana en su banco. Diez de cien dólares quedaron sobre la mesa del detective.

—Le llamaré en cuanto sepa algo —prometió Brampton.

—Gracias, Dean.

Fancey se puso en pie. De pronto, recordó algo.

—Me gustaría saber si conoce a un tipo al que llaman Kit, más alto que yo, fornido, pelirrojo y con la nariz algo torcida —manifestó.

—Sin duda, se refiere a Kit Holton —sonrió el investigador.

—Sí, el mismo. —Fancey ignoraba el apellido, pero creyó conveniente hacerse el enterado.

—¿Quiere verle?

—Me gustaría...

—Holton suele ir la mayor parte de las noches al local de Emy *la Rata*. No es un lugar demasiado recomendable; yo mismo me lo pensaría dos veces antes de entrar en aquel tugurio.

Fancey sonrió.

—Quizá no necesite entrar en esa taberna —contestó.

No, para lo que quería hacer, no era preciso franquear el umbral del local de Emy *la Rata*, cuyo nombre, añadió Brampton, era el de «The Red Cave» (La Cueva Roja). El investigador finalizó con un corrosivo comentario:

—La taberna perteneció al padre de Emy desde siempre y en los años treinta y cuarenta, aunque no había televisión, había peleas todas las noches. Ahora está un poco más calmado, pero, de todas formas, el ambiente de una revolución es mucho más pacífico.

—Lo tendré en cuenta —se despidió Fancey.

Fueron largas horas de paciente y tediosa espera, pero, al fin, Fancey consiguió los frutos apetecidos.

Había pasado ya la media noche cuando Holton salió de la taberna. Caminó hasta su coche, se sentó tras el volante y, cuando se disponía a dar el contacto, oyó una voz a sus espaldas:

—Kit, si en algo aprecias tu vida, no te vuelvas. No hagas el menor gesto hostil o te estamparé los sesos contra el parabrisas.

El hampón se estremeció.

—¿Quién es usted? ¿Qué diablos quiere?

Fancey puso un billete de mil delante de sus ojos.

—Hay más, Kit —dijo—. Arranca y sigue a velocidad moderada, pero no olvides que en la mano derecha tengo una pistola.

—Está bien. ¿Adónde quiere que vayamos?

—Sigue recto y ya te diré dónde debes parar.

Holton puso el coche en movimiento. Media hora más tarde, en las afueras de la ciudad, Fancey le ordenó detenerse.

—Sigue como hasta ahora —dijo—. ¿Quién fue el asesino de Garret?

Holton vaciló. Fancey recurrió de nuevo al dinero. Un billete de

mil revoloteó unos instantes por el aire y cayó sobre el regazo del sujeto.

—Éste es el segundo —dijo—. ¿Quieres ganarte tres mil más?

—¡Diablos! ¿De dónde ha sacado tanta «pasta»?

—Eso no te importa, Kit. Lo que debe preocuparte son las respuestas a mis preguntas. Y, en último caso, piensa que, con cincuenta dólares para una corona de flores de las baratas puedo quedar mucho más descansado.

—De acuerdo. Lo hizo Val Shane.

—¿Se lo encargó el jefe?

—Sí, desde luego. Oiga, ¿cómo sabe...?

—Kit, yo hago las preguntas y tú contestas. Como en un juicio, ¿entendido? No hables en absoluto si yo no te lo permito —dijo el joven truculentamente.

—O.K. Ya le he dicho que fue Shane.

—¿Sabes dónde vive?

—Harrison, dos mil trescientos cinco.

—¿Por qué tuvo que matar a Garret?

—Bueno, era un traidor...

—¿Qué clase de traición había cometido?

—Ah, no lo sé, eso es cosa del jefe.

—¿Algún «chivatazo»?

—Es posible. El jefe no da nunca explicaciones.

—Perfectamente. Ahora, vamos a hablar del jefe. ¿Tienes la menor idea de quién puede ser?

—En absoluto. Jamás le hemos visto la cara.

—Pero la noche de la fiesta de disfraces, tú y los otros le reconocisteis con el aspecto de Groucho Marx.

—Bueno, salía de allí y se acercó a nosotros, así que tenía que ser el jefe. Y él no lo negó en ningún momento.

Fancey pensó que el trio de matones había sufrido una terrible confusión, tomándole por quien no era. ¿Cómo había podido producirse semejante confusión?

—¿Os dijo él que iría disfrazado de Groucho? —preguntó.

—Sí, claro. Bueno, se lo dijo a Spike...

—¿Cuál es el papel de Spike en la organización?

—Es el de contable y secretario.

—¿Sabes si conoce al jefe?

—No tampoco. Es decir, pienso que no lo conoce.

—Kit, dime, ¿cómo se formó la banda?

—Bueno, Spike nos buscó un día y dijo que tenía un pian estupendo para ganar «pasta» en abundancia. Luego he sabido que el jefe se puso en contacto con él por teléfono. Nunca nos ha dado su teléfono; siempre es él quien nos llama.

Una excelente precaución para no ser identificado, pensó Fancey.

—¿De dónde salió el dinero? —preguntó.

—Un chantaje —contestó Holton.

—¿Chantaje? ¿A quién?

Holton soltó una risita.

—Precisamente a la fulana que dio la fiesta —contestó.

Fancey dio un respingo.

—¿Qué has dicho? —exclamó.

—Ya lo ha oído —repuso el hampón—. La chica tiene «pasta» larga. Pagó doscientos mil pavos. Ciento cincuenta para el jefe, treinta para Spike y cinco mil para cada uno de nosotros.

—Aun así, faltan cinco mil —alegó Fancey, tras un rápido cálculo.

—Spike dijo que tenía que pagar a otra persona, no sé quién. Creo que era para su amiguita.

—Kit, ¿sabes por qué pagó esa joven doscientos mil dólares?

—Fue para evitar un secuestro.

—¿Secuestro?

—Sí, por lo visto, el jefe la amenazó con raptarla.

—Entiendo. Otra cosa. ¿Quién mató al mayordomo de Wendy Parks?

—Ahí sí que me pone usted en un apuro. Simplemente, no lo sé.

—¿Pudo ser Shane?

—Quizá, no estoy seguro. No puedo confirmarlo, sencillamente.

—Kit, dime otra cosa: ¿Qué es el asunto de la *Werrens & Schuman*?

—Van a transportar una mercancía muy valiosa, aunque todavía falta por concretar la fecha definitiva. No sé cuál es la mercancía, pero sí que se pueden conseguir sin dificultad medio millón.

—Kit, voy a proponerte un trato —dijo el joven—. Tú me das un número de teléfono y yo te llamaré de cuando en cuando, para

obtener informes...

—No soy un «soplón» —se defendió el sujeto.

—¿Prefieres ser un cadáver? Esta noche podría haberte «apiolado» y no te habrías enterado siquiera. Ahora completaré los cinco mil; cuando sepas el día y la hora del golpe contra la *Werrens & Schuman*, me lo dices, te doy otros cinco mil y contentos. ¿Comprendido?

—Sí, señor —se resignó Holton.

—Así está bien —dijo Fancey, satisfecho.

Sacó los tres billetes de mil y los lanzó por delante del hampón, de modo que pudiera verlos. Luego le hizo una petición:

—Dame tu pistola.

Holton obedeció y Fancey se quedó con el arma.

—Kit, no me traiciones —dijo el joven con dureza—. No vivirás para contarlo. Ya ves qué fácilmente te he encontrado. Espero que esto te haga pensar, ¿eh?

—No le traicionaré —prometió Holton.

—Así está mejor. Cuando yo me baje, puedes volverte a la ciudad, pero no se te ocurra mirar hacia atrás.

Fancey se apeó y quedó a un lado del coche, protegido por unas enormes gafas oscuras. Holton podía ver, a lo sumo, su pelo rubio, pero no era un detalle que le comprometiese gravemente.

El coche arrancó, viró en redondo y se alejó. Fancey se volvió de espaldas. Holton, calculó, vería una cazadora y unos pantalones tejanos. No tendría el menor detalle en que apoyarse para conocer su identidad.

A los pocos minutos emprendió el regreso a pie. Luego vio un taxi y lo llamó. Arrellanado en el asiento posterior, encendió un cigarrillo.

Mientras fumaba, se preguntó cómo era posible que Wendy hubiese pagado doscientos mil dólares por una simple amenaza de secuestro. Tendría que hablar con ella al día siguiente.

Cuando se apeó del taxi, buscó una cabina telefónica. Desde allí, llamó a la Policía:

—El asesino de Garret es Val Shane y vive en Harrison, dos mil trescientos cinco.

Colgó rápidamente, para evitar que fuese localizada la llamada. Entró en la casa, subió a su apartamento y, un cuarto de hora más

tarde, pese a sus preocupaciones, dormía como un bendito.

CAPÍTULO IV

Cuando llamaron a la puerta, Fancey, que estaba profundamente abstraído en su trabajo, consultó el reloj y vio con gran asombro que eran las tres de la tarde.

—¡Cómo pasa el tiempo! —murmuró, mientras dejaba a un lado los útiles de trabajo.

Abrió la puerta. Su sorpresa fue enorme al ver a Wendy en el umbral.

—Esto no me lo esperaba yo —confesó—. Pasa, por favor.

Ella entró un tanto turbada. Fancey observó que vestía enteramente de negro.

—Vengo del funeral de Augustus —explicó Wendy.

—Oh, cuánto lo siento... Debías de apreciarle mucho...

—Sí, llevaba con nosotros casi veinte años. Era ya como de la familia.

—Debes disculparme. Tenía trabajo atrasado...

Wendy observó que el joven vestía una extraña blusa, llena de manchas de colores por todas partes.

—¿Eres pintor? —preguntó.

Fancey sonrió.

—Sólo en mis ratos libres —contestó—. En realidad, trabajo para una agencia de publicidad. Me gana bien la vida. ¿Quieres ver mi estudio?

—No quisiera molestarte...

—Oh, no te preocupes. —Fancey agarró a la muchacha por un brazo y la llevó al interior de su apartamento—. Bien, aquí es donde consigo esos papelitos verdesos que le permiten a uno a comer tres veces al día.

Había varias telas colgadas de las paredes y, evidentemente, no se trataba de carteles publicitarios. Wendy las contempló detenidamente y luego se volvió hacia el joven, que había llegado

con una cafetera y tazas.

—¿Están en venta tus cuadros? —preguntó.

—Si hay alguien lo suficientemente loco para comprarlos, sí, desde luego.

—Hay dos que me gustan mucho. ¿Cuánto pides?

—Indícalos, por favor.

Wendy los señaló con la mano.

—Hoy los tendrás en tu casa —prometió él.

—Bien, pero ¿cuánto valen?

—Sólo la respuesta a una pregunta.

Ella le miró extrañada.

—No me gustan las bromas, Rod —manifestó—. Puedo pagar un precio razonable por tus cuadros. Deja la amistad a un lado, ¿entendido?

—Si me contestas a la pregunta que te formularé, me habrás hecho un favor. Y cuando a uno le hacen un favor, lo correcto es mostrarse agradecido.

—¿Y si no puedo contestar?

—Entonces, no te daré los cuadros a ningún precio.

Hubo un momento de silencio. Fancey observó que la joven se sentía un tanto alterada. El pecho de Wendy subía y bajaba con cierta rapidez.

—Está bien, habla —dijo ella al cabo.

—Pagaste doscientos mil dólares por una amenaza de secuestro. ¿Es cierto?

Wendy se sobresaltó enormemente.

—¿Quién te lo ha dicho? —exclamó, casi a gritos.

—Eso no importa ahora. Contéstame, te lo ruego.

La muchacha vaciló. Buscó con la vista un lugar donde sentarse y Fancey la llevó hasta un butacón.

—Aquí estarás más cómoda —sonrió—. ¿Quieres una copa?

Wendy hizo un gesto negativo. Luego dijo:

—No era yo la que iba a ser secuestrada, pero pagué para evitar el rapto. Mejor dicho, para el rescate.

—Ah, ¿entonces ya se había producido el secuestro?

—Sí. Fue el hijo de una buena amiga, Marión Barker, un niño de dos años escasos de edad.

Fancey entornó los ojos.

—Barker... el nombre me sueña —murmuró.

—Estaba invitada a mi fiesta —explicó Wendy—. Pero el niño se puso malo y tuvo que quedarse en casa.

—Es decir, unos desalmados raptaron al chiquillo y tú...

—Ella no disponía en esos momentos de dinero suficiente. Bueno, ella y su esposo Jim, claro. Me firmaron un pagaré y prometieron devolverme el dinero en dos años, con un seis por ciento de interés. Naturalmente, aunque recobre el préstamo, no pienso aceptarles los intereses.

—Muy loable —aprobó él—. De modo que ésa es la razón por la cual pagaste doscientos mil dólares... ¿en billetes de mil?

—Efectivamente. Pero ¿cómo sabes tantas cosas?

Fancey sonrió enigmáticamente.

—Algún día te lo explicaré —repuso—. Ahora, presiento, que me contarás otro problema. Porque no has venido aquí por simple casualidad, supongo.

—No —admitió Wendy con un hondo suspiro—. Esta vez, el asunto es mucho más grave y se refiere a mí particularmente.

—Vamos, habla, no temas.

Wendy abrió su bolso y extrajo de su interior una cuartilla doblada en cuatro pliegues, que entregó al joven. Fancey desplegó el papel y leyó:

«Vaya preparando medio millón de dólares, en billetes pequeños y sin marcar. Consígalos en el plazo de dos semanas a partir de hoy. Pasado ese plazo, nos pondremos en contacto con usted para la entrega del dinero. Le conviene pagar, si quiere seguir viviendo y evitar lo que le ha pasado a “Leo”. Como es de rigor en estos casos, el aviso a la Policía queda descartado».

Fancey elevó los ojos del papel.

—¿Quién es «Leo»? —preguntó.

—Mi perro, un pastor alemán que tenía sólo nueve meses. Ha amanecido muerto. El veterinario dice que lo han envenenado.

—Esa gente no se para en barras, ¿eh? —murmuró el joven sarcásticamente—. Wendy, ¿puedes pagar ese dinero?

—Por supuesto, pero no me gustaría...

—A nadie le gusta pagar medio millón, aunque la vida vale

mucho más —dijo Fancey con aire pensativo—. De todos modos, tenemos dos semanas de plazo. Tú quieres que te ayude, ¿verdad?

—Para eso he venido, Rod.

—¿No se te ha ocurrido pedir ayuda a los Barker?

—Tienen un hijo y todavía están trastornados por lo que les pasó.

—Comprendo. Bien, veré lo que puedo hacer...

El teléfono sonó en aquel momento. Fancey hizo un ademán.

—Discúlpame, Wendy.

Fue al aparato y lo levantó. Era Brampton.

—Rod, tengo informes de esos dos individuos —manifestó el detective—. Se los envió por correo, pero puedo anticiparle que tuvieron motivos para no asistir a la fiesta.

—¿De veras?

—Sí. Uno de ellos pasó la noche con una amiguita, en un motel, desde las diez de la noche hasta el mediodía siguiente. El otro estaba de viaje en Los Ángeles. Marchó la víspera de la fiesta y ha vuelto esta mañana. Si pensaba algo malo de ellos durante aquella noche, tienen unas coartadas inatacables.

—Muy bien, Dean, gracias por todo. Enviéme también la nota de sus honorarios, si no había suficiente con el anticipo. Adiós.

Colgó el teléfono y se volvió hacia la muchacha.

—Ferguson y Gensler quedan descartados —dijo.

Wendy comprendió en el acto el sentido de aquellas palabras.

—¿Habremos de sospechar de los otros dos, aunque están casados?

—¿Te dijeron el disfraz que pensaban utilizar?

—Por supuesto que no, pero debes recordar que una de las parejas son los Barker.

—Es cierto —murmuró él—. Bueno, nos queda el matrimonio formado por Bat y Julia Ormsby. ¿Los crees capaces de hacer una cosa semejante?

—No sé qué decirte... Él tiene un empleo de relieve y goza de una buena posición económica...

—A veces, esas personas han estirado el brazo más que la manga y tiene deudas por todas partes.

—Sinceramente, no lo creo Pero tampoco podría asegurar lo contrario.

—Investigaré a los Ormsby. Mientras tanto, no pienses por ahora en el medio millón que te piden.

—Es que debo empezar a reunir dinero...

—¡Olvidalo! —exclamó él tajantemente—. No voy a permitir que un desaprensivo se haga rico a tu costa.

Wendy trató de sonreír.

—Creo que tuve suerte el día en que te conocí —dijo.

Fancey sonrió también.

—Sí, fue un día afortunado. ¿Puedo pedirte un favor?

—Claro, Rod, lo que quieras.

—Cuando llegues a casa, dile a tu doncella que me llamé por teléfono.

Wendy puso cara de extrañeza. Fancey agregó:

—Ella vio al asesino. Quiero que me facilite todos los detalles sobre su aspecto.

—De acuerdo, se lo diré en cuanto llegue.

—Ah, los cuadros tardarán un par de días. Tengo que enviarlos a que les pongan marcos.

—Me gustaría pagarte, Rod...

—Si hablas de gratitud, te echaré por la ventana abajo —rió él.

Wendy le dirigió una cálida sonrisa.

—Ahora me siento mucho mejor —confesó.

—No sabes cuánto lo celebro.

Al quedarse solo, Fancey rememoró las circunstancias en que había conocido a la muchacha. Estaba en la playa, cuando vio a lo lejos a alguien que le hacía señales desesperadas. Wendy tomaba el sol sobre un colchón neumático, que había sido arrastrado por la corriente, sin que se diera cuenta. La goma, además, se encontraba en malas condiciones y el colchón perdía aire. Fancey encontró una barca de remos y llegó justo cuando Wendy estaba a punto de hundirse, casi exhausta y sin nada a que asirse.

Así se había iniciado una amistad, un tanto protocolaria en un principio y luego más intensa, aunque sin rebasar ciertos límites. Pero la relación era lo suficientemente afectuosa para que ella le invitase a su fiesta de cumpleaños.

—Y ahí empezaron todas las complicaciones... —se lamentó.

Para animarse un poco, se tomó un buen trago de escocés. Luego continuó con su trabajo.

Pasada la media noche, Fancey marcó un número de teléfono.

—¿Eres tú, Spike? —dijo alguien.

—Hola, Kit. Ayer te di cinco mil «pavos» y te quité la pistola. ¿Me recuerdas?

Fancey notó inmediatamente la tensión que se había apoderado del sujeto.

—Ah, es usted...

—Jackson, puedes llamarme Jackson, sin «señor» delante. No soy dado a los protocolos —dijo el joven irónicamente.

—Muy bien, señor Jackson. ¿Qué es lo que quiere ahora?

—Era un hombre delgado, de rostro un tanto chupado y nariz saliente. Se movía con mucha rapidez. Parecía como si en tiempos hubiera sido atleta, de esos que arañan centésimas de segundo en las carreras de los estadios.

—Ah, es Vicky *el Rápido*.

—¿Lo conoces?

—Un poco, aunque no se puede decir que seamos precisamente íntimos amigos. «Hola», «Adiós» y eso es lo que nos solemos decir cuando nos encontramos. Pero sí, creo que en tiempos corrió como atleta.

—Vicky parece nombre de mujer...

—Se llama Víctor, pero todos le dicen Vicky. Es de los que se lamentan constantemente haber nacido hombre.

Fancey sonrió para sí. Una bonita descripción de ciertas características personales de «El Rápido».

—¿A qué se dedica habitualmente, Kit?

—En los últimos tiempos, estaba en la ruina o poco menos. Por eso se dedicaba a dar «tirones» a los bolsos de las señoras descuidadas. Y como es tan rápido, desaparecía en segundos.

—En resumen, un infeliz.

—Si lo tomamos en el sentido económico, sí. Pero es muy peligroso; tiene un genio infernal.

—Recordaré este detalle. Kit, hijo, dime ahora dónde puedo encontrar a Vicky.

—No lo sé. ¿Por qué no se lo pregunta a Emmy *la Rata*?

Fancey respingó.

—Podrías hacerlo tú...

—No me conviene. Y a usted tampoco, si es que quiere seguir

teniéndome en su nómina —contestó Holton significativamente.

Fancey comprendió en el acto el sentido de aquellas palabras. Holton no haría nada que pudiese comprométele. Y, a fin de cuentas, le había facilitado la información que te interesaba.

—Está bien, Kit; iré a ver a Emmy —dijo—. Si todo resulta bien, cuenta con dos mil «pavos».

—Gracias, jefe.

Fancey se quedó mirando el teléfono, con ojos incrédulos.

—Me ha llamado jefe —murmuró, casi indignado.

Pero luego se calmó, pensando en que Holton era un tipo acostumbrado a recibir órdenes. Para él, todo el que te mandaba algo era «jefe».

Más tarde se preguntó qué diría Wendy cuando supiese que estaba disponiendo de su dinero con tanta liberalidad.

—Espero que sea generosa y no me lo tome en cuenta —murmuró para sí.

CAPÍTULO V

«The Red Cave» resultó ser un lugar menos siniestro que lo descrito por Brampton. Ciertamente, los clientes de Emmy *La Rata* no eran personajes habituados a figurar en las páginas ilustradas de las revistas del corazón, pero, en conjunto, se podía entrar allí y salir indemne, siempre que se tomaran un mínimo de precauciones.

El color rojo predominaba en la decoración, así como en las lámparas. Los rostros de los clientes parecían estar bañados en sangre. «Eso si resulta siniestro», pensó, mientras se acercaba al mostrador, atendido por una joven con los pechos al aire.

—¿Emmy? —preguntó.

Ella le miró burlonamente.

—No —contestó—. Maggie.

—Quiero ver a Emmy.

Fancey puso cinco mil dólares sobre el mostrador. Maggie le sirvió una copa. Luego se volvió hacia un interfono adosado en la pared y habló rápidamente durante unos segundos. Giró de nuevo y señaló con la barbilla un determinado punto del local.

—Por aquella puerta, sube la escalera y llama a la primera de la derecha.

—Gracias, Maggie.

—Soy muy barata —dijo ella—. Termina a las once. Te cobraré sólo doscientos por toda la noche. Lo que quieras.

Fancey sonrió.

—Me lo pensaré —repuso evasivamente.

Instantes después, llamaba a la puerta indicada. Una voz de mujer sonó al otro lado:

—Pase el que sea.

Fancey abrió. Parpadeó al ver a Emmy.

Había esperado encontrarse a una mujer vieja, gorda, llena de pintura por todo el rostro y tenía frente a si a una hermosa de vivo

color escarlata, y con medias negras. El pelo era muy rubio y sofisticadamente peinado.

Emmy sostenía en la mano una larga boquilla, al extremo de la cual humeaba un cigarrillo. La estancia era grande y en uno de los lados se veía un inmenso diván de estridente tapizado naranja.

—Soy Emmy, pero no me llames «La Rata» o tendrás que lamentarlo —dijo ella—. ¿Qué quieres?

—Perdona, pero... estoy sorprendido... Creí que tendrías más años...

—Sin duda, te refieres a mi madre. Ella está retirada ahora y yo he heredado el negocio, el nombre y el apodo. Sólo me quejo de lo último.

—Ya. Siento no poder ayudarte en este sentido, Emmy.

—Todavía no me has dicho cómo te llamas, buen mozo.

—Oh, discúlpame... Jackson.

—¿Nada más?

—Puedes quitar el «son» —sonrió Fancey.

—Muy bien, Jack. Desembucha.

—Quiero ver a Vicky *el Rápido*.

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, Emmy dejó la boquilla sobre una mesa y, con las manos en las caderas, empezó a dar vueltas en torno al joven, mientras lo examinaba críticamente.

Al cabo de unos segundos, se detuvo, a sus espaldas.

—¿Policía? —preguntó.

Fancey no se volvió.

—No —repuso, lacónico.

—Si quieres que te diga algo acerca de ese marica, tienes que desnudarte.

Fancey respingó.

—¡Emmy!

—Haz lo que te digo.

—Pero...

—Quiero registrar tus ropas. No siento especial simpatía hacia los tipos como Vicky, pero tampoco con los «polis». ¿Entendido?

—Está bien —se resignó Fancey.

Momentos después, estaba completamente desnudo. Emmy le exigió que se quitase también los zapatos y los calcetines.

—Me siento ridículo —dijo, quejumbroso.

—Pues no tienes motivos —rió ella—. Estás muy... apetitoso y tienes una excelente... figura.

Fancey prefirió guardar silencio. Emmy sacó una tarjeta de su billetera.

—Aquí pone artista —dijo.

—Sí, soy pintor y también cartelista.

—¡Hum! Puede ser que se trate de un ardid y que, en realidad, seas un detective privado.

—Si me dejas una Biblia, juraré que...

—¡No sigas! —cortó ella—. Ya tengo suficiente.

—¿Puedo vestirme?

—Claro que no, estúpido.

Fancey la miró desconcertado. Emmy fue hacia la puerta, echó el pestillo y luego señaló el diván.

—Vamos —dijo.

—Emmy, no entiendo...

—¿Eres tonto? —Ella se quitó el sujetador—. Si quieres que te diga cosas de Vicky, págalo... demostrando que no eres como ese degenerado.

—La verdad, no entiendo qué has podido ver en mí —rió Fancey—. Cualquiera diría que se trata de un flechazo.

Emmy rió también, mientras se quitaba las bragas.

—No eres un hércules, pero tienes lo que se necesita. Una vez estuve con un campeón forzado y... bueno, no me gusta recordar los malos ratos pasados.

Le abrazó apasionadamente y luego lo arrastró hacia el diván.

—Tú me harás pasar un rato maravilloso —susurró.

Emmy llenó dos vasos altos y añadió unos cubitos de hielo. Fancey tomó un par de sorbos.

—Todavía me siento desconcertado —dijo—. Me cuesta trabajo creérmelo...

—No ha sido un sueño, precisamente —contestó ella riendo.

—No, desde luego. Pero no comprendo qué te ha hecho lanzarme contra mí... ¡Diablos, si hubiese sido al revés, me habrían acusado de violación!

—Eres un poco inexperto en algunas cuestiones, aunque debo reconocer que te has portado como un verdadero hombre. Pero las mujeres tenemos cierto instinto que nos hace presentir lo que

podemos conseguir de un hombre. Tú no te das cuenta de ello, pero eres de la clase de tipos que pueden volver loca a la más fría.

—Nunca vi en mí esa virtud, suponiendo que lo sea.

—Es cuestión de tu personalidad, Jack. Tienes un magnetismo que no se puede dejar de percibir. Pero, por lo mismo, habrás de permitirme que te dé un consejo.

—Claro, mujer, lo que sea.

—No utilices mal esas cualidades tuyas. Sé moderado y procura que no te domine la soberbia de saberte en cierto modo superior a otros. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí, aunque la verdad es que nunca me figuré que tú...

—Tengo cinco o seis años más que tú y una experiencia como no te puedes imaginar —respondió Emmy—. Por eso te he dado el consejo. Y ahora, hablemos de Vicky. ¿Qué quieres de ese repugnante individuo?

—Necesito hablar con él, Emmy.

—¿Puedo saber qué te ocurre?

—Lo siento.

Ella vaciló un momento. Luego encogió los hombros.

—Tampoco me importa demasiado. Al menos, ya sé que no lo buscabas en otro sentido —sonrió.

—¡Dios me libre! —protestó Fancey—. Pero yo también soy un poco psicólogo y sé que serás discreta y que callarás esta confidencia.

—Puedes contar con mi silencio —aseguró ella, con solemne énfasis.

—Sospecho que Vicky fue el tipo que mató a un mayordomo hace tres días. Habrás leído los periódicos, supongo.

—Sí. Normalmente, Vicky, aunque tiene muy malas pulgas, no suele usar las armas. En esta ocasión, sin embargo, debió de verse en peligro...

—No me cabe la menor duda. ¿Qué piensas hacer cuando lo veas?

—Le preguntaré quién le pagó por entrar en aquella casa. Iba a robar, pero le sorprendieron y no encontró mejor solución que abrirse paso a tiros.

—Ya. Bueno, te diré dónde vive, pero...

Emmy sonreía maliciosamente.

—Supongo que no tienes prisa —agregó.

Fancey apuró su vaso.

—Ninguna —contestó—. Puedo ir por la mañana y...

—Esta noche me tienes a mí —completó la frase, a la vez que le tendía los brazos.

Cuando despertaron, Fancey recordó algo.

—Emmy, ¿conoces tú a un tipo llamado Spike? Es alto, fornido, pero no mucho y de unos cuarenta y cinco años...

—Spike Carsins —contestó ella.

—Sí, creo que es el mismo.

—Tiene una agencia de contratación de personal doméstico, pero es una tapadera.

—Se dedica a otros negocios.

—En efecto.

—¿También al secuestro de personas?

—Eso ya no lo sé, aunque, si le pagas bien, Spike hará todo lo que le pidas.

—Gracias, encanto; lo tendré en cuenta.

Desayunaron juntos. Emmy le preparó un sólido desayuno. Cuando terminó, Fancey se acarició el estómago.

—Sabes hacer cómo un hombre debe recobrar las energías consumidas —dijo.

—Tal vez es que me hubiera gustado vivir otra existencia —contestó ella melancólicamente.

—Un esposo, los niños...

Emmy asintió. Luego se dio un manotazo en los ojos.

—Pero naces y te crias en este ambiente y luego tienes que seguir con el negocio y ves que no puedes confiar en los hombres... y sigues, como si tuvieses una bola de hierro atada a un tobillo...

Levantó los hombros en un gesto de resignación.

—De todos modos, tampoco puedo quejarme —añadió, forzando una sonrisa—. Jack, si un día quieres volver, ven, sin avisarme siquiera.

—Lo recordaré —prometió Fancey.

Salió por la puerta posterior. Ella le despidió en el umbral.

—Deberíamos habernos conocido antes —le despidió, entristecida.

Fancey asintió. Emmy no era lo que parecía. Pero ¿qué podía

hacer él para aliviar sus frustraciones?

—Nada —se dijo momentos después, cuando alzaba la mano para llamar la atención del conductor de un taxi.

Llamó a la puerta y aguardó unos momentos. Al fin, un hombre abrió y le miró hostilmente.

—¿Qué quiere? —preguntó Vicky *el Rápido*.

Fancey decidió impresionar al asesino. «Dispara primero y pregunta después», pensó, aunque lo que disparó realmente fue el puño derecho.

Vicky cayó con los pies por alto, aturdido por el golpe que le había alcanzado en el mentón. Fancey se inclinó sobre él y hurgó en los bolsillos de su batín.

A través de la tela, notó el bulto de la pistola. Sacó un pañuelo y extrajo el arma con gran cuidado. Luego aguardó a que despertase el sujeto.

Vicky abrió los ojos minutos después. Cuando recobró el conocimiento plenamente vio a un desconocido que le apuntaba con su propio revólver, aunque empuñándolo con un pañuelo que envolvía la culata.

—Mataste a un inocente —dijo Fancey severamente—. ¿Quieres que apriete el gatillo?

Vicky lanzó un chillido de pánico.

—¡No, por todos los diablos! Deje ese chisme...

—Entonces, contéstame. ¿Quién te envió a robar unos papeles en la residencia de Wendy Parks?

El sujeto vaciló.

—La verdad es que... no lo conozco —contestó con voz insegura.

—Pero habrás hablado con él —dijo Fancey.

—Hombre, claro...

—Entonces, tuviste que captar algún detalle, aunque estuviese disfrazado.

—No recuerdo. Era de noche y él estaba siempre en la sombra. Llevaba ropas oscuras y guantes en las manos. Además, hablaba ronco y en tono bajo. Le juro que no vi nada.

—Una cosa es segura: estuviste con él.

—Sí, eso sí.

—¿Dónde fue la entrevista?

—En un callejón que hay entre las calles diecinueve y veinte, lado Este. Él ya me aguardaba allí; le di los papeles y él me dio el dinero, eso es todo.

—Entonces, no le habías visto antes.

—Por supuesto que no. Spike me llamó por teléfono y me dijo que estuviese a la espera, hasta que el jefe me llamase personalmente. Entonces fue cuando me indicó que debía hacer y el lugar donde teníamos que encontrarnos.

—Es decir, la primera indicación vino de Spike.

—Sí, señor.

Fancey reflexionó unos momentos.

—Si te envió a ti... Imagino que te dio detalles de la casa, ¿no es verdad?

—En efecto, así fue —admitió Vicky.

«Podía ser reconocido», pensó el joven, ya que, en otro caso, el mismo habría ido a robar personalmente la lista de invitados. Era un detalle que debería tener en cuenta.

—Y estaba en las sombras y hablaba en voz baja y enronquecida...

—Bueno, si quiere que le diga la verdad, me pareció una mujer. Llevaba un casquete negro y cuando se marchó, antes que yo, creo que vi bultos en el pecho. Además, no era muy alto —dijo Vicky.

—Una mujer... Eso significa que el jefe no trabaja solo.

Vicky no contestó. Fancey se dijo que ya no podría sacarle más a aquel miserable.

—Lo siento, pero tengo que atarte —dijo.

—¿Me va a entregar a la Policía? —Se aterró el sujeto.

—Tú, ¿qué crees?

Diez minutos más tarde, Fancey salía de la casa. Anduvo una veintena de pasos y, de repente, oyó a sus espaldas un grito estridente.

Volvió la cabeza. Algo cayó en aquel momento de las alturas y se estrelló contra el suelo con horrendo chasquido de huesos.

Las piernas le temblaron durante unos instantes. No lejos de donde se hallaba, una mujer se desmayó. Otra echó a correr enloquecida y el conductor de un coche que venía lanzado tuvo que desviarse para no atropellarla estrellándose contra otro que había

estacionado al otro lado de la calle, con gran estrépito de vidrios rotos y metal abollado.

Fancey contempló durante unos segundos el espantoso espectáculo que era el cuerpo ensangrentado del asesino. Luego buscó un lugar discreto para observar a las personas que pudieran salir de la casa.

El hombre que había lanzado a Vicky por la ventana tenía que estar aún dentro del edificio. Pero su espera resultó inútil.

CAPÍTULO VI

—Me enteré más tarde de que la casa tenía una salida posterior —dijo—. El jefe escapó por allí, antes de que la Policía empezase a registrar el edificio.

Wendy le miró con simpatía.

—Debiste de pasar un mal rato —sonrió.

—No fue agradable —admitió Fancey—. Y, la verdad, tampoco saqué gran cosa en limpio de lo que me dijo Vicky. Excepto una cosa: la persona que recibió la lista, puede ser una mujer.

—O un hombre que se perfumó y se puso unos bultos en el pecho.

—Sí, eso despistaría bastante —convino el joven.

—Bueno, en tu lugar, yo no me preocuparía demasiado. A fin de cuentas, el asesino del pobre Augustus ha recibido ya lo que se merecía.

—Queda el jefe, Wendy.

—¿Es que te lo has tomado como algo personal?

—No. Simplemente, presiento que es el mismo que quiere medio millón de dólares.

—¿Tú crees?

—No puedo asegurar nada, pero lo presiento —insistió él—. Casi me dan tentaciones de dejar pasar el plazo y tenderle una trampa.

—¿Una trampa? ¿Cómo? —preguntó Wendy.

—No lo sé, ya se me ocurrirá algo. Mientras tanto, como puedes suponerte, no voy a estarme parado. Ah, ¿puedo pedirte un favor?

—Claro, lo que quieras, Rod —contestó la muchacha.

—Me gustaría investigar a los Ormsby, pero no puedo ir directamente a su casa y empezar a hacerles preguntas. ¿Por qué no los invitas una noche a cenar? En todo caso, invita también a otros amigos, a fin de eludir las posibles sospechas.

—Puedo invitar a los Barker.

—Sí, está bien.

—Seremos tres parejas —dijo Wendy pensativamente—. Ah, puedo invitar también a Butler y a Constance Diggleton.

—Butler es el que me dio el cigarrillo de «hierba», ¿no?

—Si no te gusta, pensaré en otro...

—No, no, Buttler está bien. Pero no conozco a Constance Diggleton.

—Iba disfrazada de Cleopatra.

—Ah, sí, ahora recuerdo.

«La egipcia de pechos vacunos», pensó Fancey, a la vez que se ponía en pie.

—Tengo que hacer una visita —manifestó.

—Me gustaría acompañarte —sonrió Wendy.

—No, quédate en casa. Te llamaré por la noche.

—Muy bien, como quieras.

Wendy le acompañó hasta la verja.

—¿Dónde tienes tu coche? —preguntó.

—No tengo —contestó Fancey.

Wendy se sorprendió de la respuesta.

—Si quieres uno de los míos... —sugirió.

—Gracias, pero prefiero moverme a pie. Prácticamente, es el único ejercicio que hago. Cuando tengo mucha prisa, tomo un taxi. Algún día, sin embargo —suspiró él—, tendré que motorizarme.

—Diríase que lo lamentas —rió la joven—. ¿Eres ecologista?

—No me insultes, por favor —contestó Fancey jovialmente.

Echó a andar con paso rítmico y vivo. Wendy le contempló durante unos segundos. La apariencia del joven era más bien vulgar, pero cuando se le conocía un poco, resultaba ser una persona completamente distinta de la que se veía a la primera mirada, un hombre que nada tenía que ver con los que ella había conocido hasta entonces, falsos e hipócritas y presuntuosos y vanidosos la inmensa mayoría.

La mujer estaba sentada, tecleando con aire de hastío en una máquina de escribir. Debía de tener unos cuarenta y cinco años, de figura más bien peona de la belleza. Había un pequeño mostrador y Fancey se apoyó en él con aire displicente.

—Hola —dijo.

Ella le miró sin dejar de teclear.

—¿Sí?

—Ésta es la agencia de servicios generales Carsins.

—En efecto.

—¿Está el director?

—Ha salido. Yo puedo atenderle, según lo que desee.

Fancey meditó unos segundos.

—Necesito un ama de llaves —dijo al cabo.

—No proporcionamos sirvientes —contestó ella.

—Entonces, ¿qué clase de servicios prestan?

—Informaciones y cosas así.

Fancey paseó la vista por la mísera oficina. Estaba claro que era una tapadera para otros negocios mucho menos honestos.

—¿Se encuentra a gusto aquí? —preguntó súbitamente.

La mujer pareció sorprenderse.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cuánto le paga Carsins?

—Una miseria: doscientos semanales.

—¿Soltera o casada?

—No lo sé.

Fancey respingó.

—A sus años... ¿y aún no sabe si está casada?

—Mi marido se marchó con una furcia hace nueve años y ya no vuelto a tener noticias suyas.

—Si ha muerto, estará viuda.

—Presumiblemente, sí.

—¿Cómo se llama?

—Fay Cook.

—¿Aceptaría trescientos, alojamiento y comida... y un empleo de ama de llaves?

—¿Habla en serio?

—Absolutamente, Fay.

—¿Quién es él?

Fancey sonrió.

—Lo tiene delante —contestó.

Fay agarró la funda de la máquina y la tapó. Luego se puso en pie, entró en una habitación interior y volvió a salir, con el bolso colgado del hombro.

—Carsins puede irse al infierno —dijo—. ¿Dónde vive usted,

señor?

Fancey agarró una hoja de papel de un taco que había sobre el mostrador y escribió unas líneas. Luego sacó cinco billetes de cien dólares y entregó todo a la mujer.

—Mi dirección, el salario de la primera semana y ciento cincuenta dólares más para que compre las provisiones que estime necesarias, una vez que haya echado un vistazo al frigorífico. Su habitación será la del fondo del apartamento, ¿entendido?

—Sí, señor. ¿Algo más, señor?

Fancey contempló unos instantes a la mujer. Hacía tiempo que quería tener una sirvienta, pero nunca había encontrado a la persona apropiada. Fay podía dar buen resultado, se dijo.

—Ah, sí, claro, la llave del apartamento —exclamó al dársela.

Fay se encaminó hacia la puerta.

—¿Se queda? —preguntó.

—Esperaré a ver si regresa Carsins. Pero no le diré que usted ya trabaja para mí.

Fay sonrió.

—Vivo en una pensión y no tengo más que cargar con un par de maletas. Ese tipo roñoso no sabrá dónde estoy —aseguró.

—Estupendo.

La mujer se marchó. Fancey encendió un cigarrillo. Permaneció inmóvil durante unos segundos y luego pasó al otro lado del mostrador. Había un armario archivador, pero lo que encontró allí no le dio la menor pista.

Era lógico, pensó. Si Spike tenía algo importante entre manos, no lo guardaría en su oficina, suponiendo que lo tuviese por escrito.

—¿Y si registrase su casa? —murmuró.

Pero no sabía dónde vivía, aunque Kit podía decírselo. Decidió marcharse y entonces fue cuando entró Carsins.

El sujeto le miró recelosamente.

—¿Qué hace aquí? —preguntó.

—Espero a que alguien me atienda —contestó Fancey sin pestañear.

—Tengo una empleada...

—No hay nadie. Llevo más de una hora y no he visto a su empleada por ninguna parte —mintió el joven.

Carsins soltó una maldición.

—Maldita mujer —farfulló—. La despediré apenas vea que asoma...

«Sí, sí, espérala», pensó Fancey divertidamente. Luego levantó la voz.

—Bueno, me marchó. Parece ser que aquí no encontraré lo que busco —manifestó.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó Carsins.

—Una amante, pero parece que tendré que recurrir a mi encanto personal —se despidió Fancey con toda desenvoltura.

Carsins se rascó la cabeza, lleno de perplejidad. Cuando se recobró, salió a la calle, pero aquel extraño individuo había desaparecido ya.

Fancey se alejó quinientos metros antes de meterse en una cabina telefónica, desde la que llamó a Holton.

—Soy yo, Kit.

—Ah, sí, jefe... —contestó el hampón—. ¿Qué desea?

—¿Dónde vive Spike?

—South Hill, doscientos once.

—Gracias. Te debo mil «pavos».

Colgó el teléfono y se preguntó cómo podría entrar en el apartamento de Spike. Estaba seguro de que tendría una puerta con cerradura reforzada y hasta con sistema de alarma y él no entendía absolutamente nada de los procedimientos que debían emplearse para entrar sin llave en una casa ajena. Pero se le ocurrió que había alguien que podía darle un buen consejo sobre el particular.

—De modo que quieres entrar en casa de Spike Carsins —dijo Emmy aquella misma noche.

—Sin que esté él, por supuesto —sonrió Fancey.

—Conozco a un tipo que sería capaz de entrar en la Casa Blanca sin que se enterase la guardia presidencial, pero te advierto que resulta caro.

—El dinero no importa, preciosa.

—¿Eres un príncipe disfrazado?

Fancey se echó a reír.

—Soy... yo —contestó, evasivo.

—Se llama Detty Hoover, pero tengo que localizarlo. Dame tu teléfono y te llamaré en cuanto sepa algo.

—Sobre todo, discreción, Emmy —solicitó el joven.

—En esta clase de negocios, el que no es discreto no vive demasiado tiempo —sentenció Emmy.

Cuando regresó a su casa, se encontró con una agradable sorpresa.

Fay parecía otra. Se había peinado con más atención y vestía un traje gris, con cuello y puños blancos. Fancey percibió un agradable olor que provenía de la cocina.

—Fay, presiento que va a ofrecirme una buena cena —dijo.

—He preparado una pierna de cordero en su jugo, con guarnición de verduras, puré de patatas y mantequilla. Previamente, habrá ensalada y, para postre, fruta y helado. Tengo a refrescar una botella de vino tinto, aunque la sacaré enseguida, a fin de no servirlo demasiado frío. ¿Querrá el señor tomar café y licores después de la cena?

Fancey miró estupefacto a la mujer.

—Fay, ¿de dónde ha sacado usted tantas habilidades? —preguntó.

—Trabajé hace años como cocinera en una casa de importancia, pero el señor murió y su viuda me despidió. Entonces fue cuando tuve que emplearme con Carsins...

—Basta, no siga; ya no tiene que acordarse de ese repulsivo sujeto. Fay, voy a bañarme. Lo necesito.

—La cena estará lista dentro de treinta minutos, señor.

Fay se alejó. Fancey meneó la cabeza, mientras se encaminaba al baño.

—Creo que he hecho una magnífica adquisición —murmuró.

Cuando estaba cenando, sonó el teléfono. Fay lo atendió en el acto:

—Residencia del señor Fancey —dijo—. ¿Quién llama?

Fay escuchó un instante y luego asintió:

—Sí, señorita Parks; ahora mismo se pone. Señor, la señorita Parks —anunció el ama de llaves.

—Gracias, Fay. Hola, Wendy —saludó el joven—. ¿Novedades?

—La cena será pasado mañana. Asistirán todos los que mencioné.

—Estupendo, Wendy.

—Oye, ¿tienes sirvienta? No sabía...

—He contratado un ama de llaves. Lo necesitaba.

—¿Qué aspecto tiene?

—¿Te acuerdas de «Rebeca»?

—¿Así? —se asombró la muchacha.

—Esto no es Manderley House —rió él.

—Creo que comprendo. No se parece en nada...

—Exacto. Buenas noches, Wendy.

Fancey devolvió el teléfono a su ama de llaves y sonrió.

—La señorita Parks sentía curiosidad por saber cómo es usted —dijo.

—He oído las respuestas del señor. Gracias, señor —contestó Fay.

La mujer se retiró para servirle el postre. Fancey se acarició el estómago con una mano.

—Como esto siga así, pronto tendré que comprarme trajes más grandes —murmuró satisfecho.

CAPÍTULO VII

Fancey se contempló satisfecho en el espejo. El traje de etiqueta la sentaba estupendamente. «Lástima cinco centímetros más de estatura», pensó.

Pero tampoco se quejaba. Sentíase satisfecho con lo que la naturaleza le había dado y no aspiraba a más.

Cuando se disponía a salir, Fay le detuvo un instante.

—Perdone el señor —dijo—. Tiene un poco torcida la corbata de lazo.

El ama de llaves se la arregló. Fancey sonrió.

—Es usted un inmerecido don de Dios —elogió, en el momento en que sonaba el timbre de la puerta.

—Gracias, señor. Permítame, yo abriré...

Fay atravesó la sala y abrió la puerta. Fancey le vio hablar con alguien. El ama de llaves recogió un paquete y firmó en una libreta. Luego dijo ásperamente:

—Lávese la mano, amigo; la tiene muy sucia.

Y cerró de un portazo.

—Pedía propina, el sinvergüenza —añadió.

—Y no le ha dado —sonrió Fancey.

—Ya cobra un sueldo. Perdone el señor, pero han traído este paquete para usted...

Fancey contempló el paquete, que parecía contener un par de libros de buenas dimensiones.

—No esperaba ningún envío —murmuró.

El paquete venía muy bien envuelto y estaba atado con una delgada cinta de seda roja. Fay trajo unas tijeras de la cocina.

Fancey cortó la cinta, rasgó el papel y dejó al descubierto una caja de cartón fuerte.

—No pesa mucho —dijo, receloso.

Antes de levantar la tapa, acercó la caja al rostro.

Inmediatamente se puso pálido.

—Aquí dentro hay algo *non sancto* —gruñó.

Fay alargó una mano hacia la tapa, pero él contuvo el gesto rápidamente.

—¡No la abra!

El ama de llaves le miró alarmada.

—¿Tiene enemigos el señor? —preguntó—. ¿Una bomba?

—No, no es una bomba y ahora me entero de que tengo enemigos. Bien, Fay, tráigame un par de guantes del dormitorio... Los de invierno, por favor. Ah, traiga también una escoba.

—Sí, señor.

Fancey se puso los guantes momentos después. Eran de cuero bastante grueso y, además, estaban forrados de piel. Fay aguardaba a un lado, con la escoba preparada.

Con gran lentitud, Fancey empezó a levantar la tapa. Bruscamente, se oyó un fuerte chasquido.

La tapa saltó por los aires. Fay gritó, mientras él daba un salto hacia atrás.

Algo que parecía una cinta que se retorció convulsivamente saltó por los aires y cayó al suelo. Fay asestó a la cosa un terrible escobazo, pero aquel ser continuaba moviéndose furiosamente.

La escoba, sin embargo, la impedía alejarse. Fancey reaccionó y usó el tacón derecho con todas sus fuerzas.

Segundos después, se servía una copa. Contempló el reptil muerto, mientras se limpiaba el sudor de la frente.

—Un ardid diabólico —dijo—. Hay un falso fondo en la caja y debajo un muelle, que lo disparaba cuando se abría. La serpiente me habría alcanzado en la cara y no habría vivido más de un cuarto de hora.

—¿Tan venenosa es, señor? —preguntó el ama de llaves.

—Una coral. Su veneno es de efectos casi fulminantes.

—Debería avisar a la Policía, señor.

—No, no conseguiremos nada. —Fancey consultó su reloj—. Se me está haciendo tarde...

—Váyase tranquilo, señor; yo me ocuparé de limpiar esta porquería —dijo Fay.

—En lo sucesivo, no abra a nadie ni admita ningún paquete —ordenó el joven.

—Descuide el señor.

—Fay, siento haberle dado este disgusto...

—No se preocupe, señor, la culpa no es suya. Disfrute de la fiesta.

Fancey asintió, aunque sabía que estaría preocupado mucho tiempo. El mortífero envío significaba que alguien sabía que él trataba de ayudar a Wendy.

Pero también era un detalle revelador: Wendy, por lo menos, lo conocía; el sujeto estaba en su círculo de amistades.

Y sólo era preciso averiguar su identidad.

Los Ormsby eran un matrimonio que había dejado ya atrás la treintena, amables y simpáticos. Jim y Marión Barker eran más jóvenes y también bastante agradables.

Constance Diggleton era la que se había disfrazado de Cleopatra. Al verla, Fancey pensó que era una mujer que vivía en un perpetuo disfraz. Vestía un estridente traje de color rojo, con adornos de tejido de oro, y en el pecho parecía que se iban a producir en cualquier momento dos terribles explosiones. Fancey no había visto jamás formas tan enormes, aunque Constance parecía sentirse orgullosísima de sus encantos. El joven se preguntó qué pasaría si se los pinchaba con un alfiler.

«Harán... pffff... y se quedarán dos pellejitos vacíos», pensó sarcásticamente.

Clem Butler era el Robespierre que le había dado el cigarrillo de marihuana. Fancey, disimulando su disgusto, le tendió una mano.

—Supongo que lo habrá olvidado —dijo.

—En las fiestas, a veces, se hacen cosas de las que luego se arrepiente uno —contestó Butler con aire benevolente—. Yo también tengo que ofrecer mis excusas.

—Entonces, daremos el incidente por zanjado.

—Naturalmente.

—¿Están hablando de la «hierba»? —preguntó Constance—. La verdad es que no es tan mala como dicen...

—Las últimas estadísticas sanitarias señalan atrofas perniciosas en las glándulas mamarias, que en un noventa y dos por ciento, llegan a su casi total desaparición —dijo Fancey muy serio.

Constance lanzó un chillido de pánico. Wendy se acercó, alarmada.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Rod... Dice que si fumo «hierba» me quedará sin... — Constance se señaló el pecho voluminoso—. Bueno, lo perderé todo...

Wendy miró al joven. Fancey permanecía completamente serio, pero le guiñó un ojo. La muchacha asintió.

—Sí, te convertirás en un marimacho —dijo.

Constance se alejó. Instantes después, la vieron hurgar en su bolso y luego tirar algo a la piscina.

—La has metido el miedo en el cuerpo —rió Wendy.

—Se lo merecía. Creo que fue ella la que trajo la «hierba» a tu casa el día de la fiesta.

Los Ormsby se acercaron en aquel momento. Eran gente simpática, aunque Fancey pudo apreciar un punto de reticencia en su conversación.

Jim y Marión Barker, en cambio, resultaron más expansivos.

—Me han dicho que eres un artista, Rod —dijo la señora Barker.

—En este mundo, sobran optimistas —contestó el joven.

—He visto los cuadros que te compró Wendy —terció Barker—. Me gustaría visitar tu estudio; quizá pueda comprarte yo también alguno.

—Cuando quieras, Jim.

Wendy se acercó en aquel instante.

—Marión, ¿cómo está el niño? —preguntó.

—Maravillosamente bien —respondió la interpelada—. Es un sol y me tiene embobada.

—Un día iré a tu casa. Tengo ganas de conocerlo —dijo la muchacha.

Entonces avisaron que la cena estaba servida. Jim Barker se sentó junto a Wendy. Marión se emparejó con Fancey, mientras Ormsby se sentaba al lado de Constance. Butler dedicaba sus atenciones a Julia.

La cena transcurrió alegremente. Fancey se dijo que no iba a conseguir nada de aquella reunión. Si el sospechoso figuraba entre los invitados, se portaba con una discreción absoluta, sin hacer el menor gesto que pudiera delatarle.

Miró sucesivamente a los comensales. ¿Butler?

Era un hombre que no tenía profesión conocida, pero que, sin

embargo, vivía como un magnate. ¿De dónde sacaba el dinero?

A Constance había que descartarla. Vicky había dicho que le pareció ver curvas femeninas en las personas a la que había entregado la lista de invitados. Si hubiera sido Constance, el detalle físico habría resultado absolutamente inocultable.

Los Ormsby parecían continuamente recelosos, un tanto esquivos, aunque Fancey juzgó que en su actitud había una gran dosis de timidez. Ahora ya sabía que Bat Ormsby tenía negocios en común con el padre de Wendy. Los Ormsby habían progresado con rapidez y no parecían aún habituados a su cambio de posición social.

En cuanto a los Barker eran alegres y comunicativos. El desempeñaba un alto cargo en una empresa importante, pero no sabía más. Jim Barker estaba aún por cumplir los treinta años y tenía ante sí un excelente porvenir. No iba a echarlo todo a perder por complicarse en unos crímenes que podían enviarle a la cárcel toda la vida.

«En resumen, creo que no adelantaremos nada», se dijo, tratando de ocultar su decepción.

Cuando servían el café y los licores, una doncella avisó a Fancey que le llamaban por teléfono.

—Disculpen...

—Usa el teléfono de mi escritorio —aconsejó Wendy.

—Gracias.

Fancey entró en el mismo sitio donde Augustus había muerto una semana antes. Se asombró al saber que era Emmy la que le llamaba.

—¿Cómo diablos te has enterado...?

Emmy soltó una risita.

—Llamé a tu casa, me dijeron que no estabas y deduje donde sí estabas. No soy tonta, Rod.

—Está bien, dispensa. ¿Hay algo nuevo?

—Detty está listo para el momento en que lo desees. Cinco mil.

—Mañana, a las once. Le recogeré en la puerta de tu local.

—¿Por el día? —se asombró Emmy.

—Spike estará fuera, ¿no?

—Eso sí es cierto. Se lo diré a Detty. Disfruta de la fiesta, Rod —se despidió Emmy.

Los invitados abandonaron la residencia poco antes de la media noche. Fancey se quedó rezagado.

—Es un poco tarde ya —dijo Wendy—. Quizá te cueste encontrar un taxi. ¿Me permites que te lleve a tu casa?

—Si no es molestia...

Ella sonrió.

—Todo lo contrario —repuso.

CAPÍTULO VIII

—De modo que mañana piensas hacer una incursión en casa de Spike —dijo Wendy, cuando ya salían con el coche a través de la cancela.

—Tengo que hacerlo —contestó él.

—¿Qué esperas encontrar en su casa?

—Lo que no conseguí en su oficina. Aunque sí es verdad que encontré un ama de llaves, muy eficiente y excelente cocinera.

Le explicó lo que había sucedido y Wendy aprobó la de cisión del joven.

—No es bueno que un hombre viva solo —dijo.

—Bien, pero no te vayas a pensar...

Wendy soltó una risita.

—¿Es guapa?

—Pasa ya de los cuarenta y cinco.

—Ah... Has dicho que guisa estupendamente...

—No te invitaré a cenar en mi casa; tienes una figura muy bonita y debo evitar que engordes.

—Eres estupendo, Rod. De veras, no había conocido a nadie como tú.

—Exageras, Wendy.

—En absoluto. Mi ambiente es muy distinto al tuyo y sólo en los últimos tiempos he ampliado, digamos, el campo de mis relaciones. Aunque en algunos casos no haya acertado precisamente.

—Si te refieres a Butler y a Constance, no son gente en la que debas confiar. ¿En qué trabaja Butler?

—Hace poco estuvo una temporada con una viuda rica.

—Entiendo. ¿Y Constance?

—A su padre le sale el dinero por las orejas. A veces pienso que Constance tiene billetes en lugar de sesos.

—Buena presa para Butler. ¿Qué me dices de los Ormsby?

—Trabajaron duro desde muy jóvenes. Bat está asociado con mi padre en no sé qué empresa... Todavía no están acostumbrados al éxito. Mi padre, sin embargo, les aprecia mucho.

—Seguramente no se equivoca. ¿Qué me dices de los Barker?

—Él es alto ejecutivo de una importante agencia de Bolsa. Viven bien. Pero ya sabes lo que les pasó.

Fancey se reclinó en el respaldo de su asiento.

—Temo que habremos de descartar a los invitados de esta noche —dijo—. No obstante, quizá mañana por la tarde tenga otros datos.

—Después de la incursión en casa de Spike.

—Sí, efectivamente. Es un tipo muy listo y guardará allí documentos que no puede tener en su oficina. Es más, pienso que es de la clase de individuos a los que no les gusta trabajar para un desconocido. Astuto y experimentado, habrá investigado por su cuenta y, a estas horas, es muy probable que sepa ya quién es el jefe.

—Y tú piensas conseguir ese dato...

—Quizá lo ha anotado en alguna parte, no sé. De lo que sí estoy seguro es que algo sacaré de esa visita.

—Ten cuidado, Rod, no te expongas en balde.

—No te preocupes, todo saldrá bien.

Minutos más tarde, Wendy detuvo el coche. Cuando Fancey se disponía a salir, ella tiró suavemente de su brazo.

—¿Tienes mucha prisa?

Fancey se volvió y la contempló durante unos instantes.

—Realmente, no —dijo al cabo—. Pero me disgustaría...

—La playa está solo a un par de millas y hay luna en creciente.

—Ya la temperatura es muy agradable.

Wendy sonrió y pisó el acelerador de nuevo. Cinco minutos más tarde, se detenían al borde de la playa. Wendy se apeó, caminó unos pasos y luego se quitó los zapatos.

—Me gusta pasear descalza por la arena —declaró—. Es una sensación maravillosa.

—No he traído traje de baño.

—Me volvería de espaldas.

Wendy se colgó de su brazo...

—Sólo he venido a dar un paseo y no quería hacerlo sola —contestó.

Caminaron lentamente un buen rato, en silencio. Luego se detuvieron.

Ella le dirigió una intensa mirada. Fancey la cogió por los hombros.

—Me gustas mucho, pero...

—¿Qué, Rod?

—No estoy a tu altura.

—Con tacones, sí.

—Yo me refería a otra cosa.

—Mi posición.

—Exacto.

Wendy se le aproximó y le besó suavemente.

—Por encima de todo, soy una mujer —susurró.

Fancey carraspeó. De pronto, la agarró por un brazo y la empujó hacia la carretera.

—Será mejor que regresemos —propuso—. No quiero que suceda algo de lo que luego tengamos que arrepentimos ambos.

—Quizá es mejor así —convino ella.

—Suprime el «quizá» —dijo Fancey con firme acento.

Volvieron al coche y guardaron silencio hasta llegar a la casa del joven. Entonces, cuando él se iba a apear, Wendy lanzó una exclamación:

—¡Oh, perdona, Rod, lo había olvidado! Bat Ormsby trabaja en la *Werrens & Schuman*.

Fancey se quedó parado un instante. Luego sonrió.

—Puede ser un dato muy importante —dijo al cabo.

Los dos hombres se detuvieron ante la puerta del apartamento. Detty Hoover miró recelosamente a derecha e izquierda.

—Será mejor que vigile la escalera —aconsejó.

—¿El ascensor no?

Hoover soltó una risita. Era un hombre bajito, casi calvo, de nariz afilada y ojos ratoniles.

—He dado un golpe de destornillador cuando subíamos —contestó.

—No me fijé...

—Claro, ya procuré que no lo advirtiese.

Fancey se quedó pasmado ante aquella muestra de habilidad. El

ascensor permanecería inmóvil mientras Hoover quisiera.

El sujeto se aplicó a la cerradura, mientras él se situaba en el arranque de la escalera, tal como le habían indicado. Pasados apenas dos minutos. Hoover le llamó con un tenue siseo.

Fancey se volvió. Hoover hacía señas con la mano y corrió hacia allí.

—Paso franco —dijo el hombrecillo.

Fancey empujó la puerta. Inmediatamente, sufrió una violenta sacudida, que Hoover no pudo por menos de notar.

—¿Qué sucede?

—Creo que hemos perdido el tiempo —contestó el joven melancólicamente.

Avanzó un par de pasos. Hoover asomó también la cabeza.

—¡Cristo! —exclamó.

La casa estaba completamente resuelta. El tapizado de los sillones y del diván aparecía salvajemente cortado y su relleno esparcido por el suelo. Un par de cuadros habían sido cortados también y las dos docenas de libros que había en una estantería se hallaban dispersos por el suelo y muchos de ellos con las hojas arrancadas.

En la cocina reinaba también un desorden absoluto. El frigorífico aparecía abierto de par en par. Las bandejas para el hielo estaban en el fregadero y todas las latas de conserva, así como los botes y tarros estaban abiertos y su contenido esparcido de cualquier forma.

Fancey se dirigió al dormitorio. Cuando abrió la puerta, se detuvo en seco como si le hubiesen clavado los pies al suelo.

—Dios mío... —murmuró.

Spike estaba sobre la cama. Había un agujero en su frente, del que había manado la sangre, que ya se apreciaba seca. El dormitorio estaba también revuelto.

Hoover se asomó, vio el cadáver y lanzó una gruesa interjección.

—¡Se lo han cargado! —barbotó.

—Así parece, y creo que ha debido de morir hace varias horas...

—Señor Fancey, no me importa «cuándo» haya podido morir ese tipo, sino que «está» muerto y que no siento el menor deseo de que me compliquen con este asunto. Yo me largo ahora mismo y usted, si tiene un mínimo de sensatez, hará también lo mismo.

Hoover se encaminó hacia la puerta. Fancey le siguió sin protestar. En realidad, se dijo, ¿qué podía hacer ya allí?

Hoover cerró la puerta con todo cuidado.

—El asesino debió de llevarse las llaves de Spike, a fin de cerrar y evitar que el crimen se descubriese antes de tiempo —calculó—. Por eso me costó a mí tanto abrir la puerta.

—Sí, parece lógico.

—Es como digo. Bien, señor Fancey, he tenido mucho gusto en conocerle, pero no vuelva a verme más en los días de mi vida. Usted me entiende, ¿no?

Fancey asintió tristemente. El hombrecillo podía hacer muchas cosas, pero repugnaba el derramamiento de sangre.

Frustrado, decepcionado y con un sentimiento de amargura en su ánimo, emprendió el camino de vuelta a su casa.

—He oído la noticia por la radio —dijo el ama de llaves a la mañana siguiente.

—Sin duda, se refiere a su antiguo patrón —sonrió Fancey.

—¿Podría hablar de otra persona, señor? —contestó Fay sarcásticamente—. Pero si quiere que le sea sincera, presentía que un día u otro acabaría de mala manera.

—A ver, explíquese, Fay —rogó el joven.

—Bueno, allí iba a verle gente de todos los pelajes y, en su inmensa mayoría, tipos para los cuales las palabras policía, ley, orden y otras así, son como una especie de vomitivo. Más de uno le amenazó con cortarle el cuello, pero Spike siempre tuvo mucha suerte.

—Hasta el día en que le falló...

Llamaron a la puerta. Fay estaba junto a la mesa, donde desayunaba el joven y se marchó a abrir.

Fancey la oyó hablar con alguien. Luego, el ama de llaves exclamó:

—¿Y cómo sé yo que es usted verdaderamente la señorita Parks?

Fancey se puso en pie de un salto y abandonó la cocina. Al asomarse a la sala, vio a Wendy en el umbral.

—Sí, es ella —dijo.

—Perdone, señorita —se disculpó Fay.

Wendy miró al joven, muy extrañada.

—No sabía que tuvieras una sirvienta tan desconfiada —

manifestó.

—Los dos tenemos motivos para ser desconfiados. Ayer me enviaron una serpiente venenosa —declaró Fancey—. Tuvimos que matarla entre la señora Cook y yo.

—Así es, señorita —confirmó Fay.

—Me parece increíble...

Fancey la agarró por un brazo.

—Anda, ven a la cocina y tomarás una taza de café.

—Enseguida se la sirvo, señorita —dijo Fay.

Wendy se sentó en un taburete alto, frente a la mesa mostrador en que Fancey solía comer ordinariamente. El joven le explicó rápidamente lo ocurrido con el paquete que alguien le había enviado.

—Me dejas petrificada —declaró la muchacha, cuando él hubo terminado de hablar—. No comprendo quién puede querer tu muerte...

—Pues es bastante sencillo: el jefe, quienquiera que sea. Pero una cosa es segura: tú lo conoces, aunque no sepas quién es, y él sabe que yo te estoy ayudando a solucionar tus problemas.

—Eso parece lógico —admitió Wendy—. Estoy horrorizada de saber que hay un asesino entre mis amistades.

—Ese individuo, no es tu amigo, aunque se titule de tal. Un verdadero amigo no te pediría medio millón, con tu vida como garantía de que pagarás.

—Tendría que encargar una investigación a una buena agencia de detectives. Podría darle datos de mis amistades y que investigaran a todos...

—Llevaría demasiado tiempo y no te serviría de nada, porque estoy seguro de que más de uno se encuentra en apuros económicos. No, lo mejor es que me dejes a mí resolver este problema. En el peor de los casos, esperaríamos hasta que se cumpliese el plazo y entonces veríamos de tenderle una trampa.

El teléfono sonó en aquel instante. Fancey se disculpó y levantó el auricular.

Era Emmy *la Rata*.

—Tengo una noticia para ti y no es buena —dijo la mujer—. Se corren rumores por ahí de que alguien ha contratado un asesino profesional.

Fancey dio un bote en su taburete.

—¡Demonios!

—No; uno solo, Rod. Llegará a la ciudad, si no ha llegado ya. Alguien, en una entrevista secreta o por teléfono, le dará tus datos y el asesino sólo tendrá que esperar una ocasión propicia para quitarte de en medio.

—Pero ¿es seguro que se refiere a mí?

—Yo así lo pienso. Los rumores hablan —y perdona la expresión —, de que hay un «pintamonas» que estorba. Que yo sepa, eres el único artista metido en ciertos jaleos.

—Sí, eso es cierto.

—Bueno, ya te he dicho todo lo que sé. Si averiguo algo, te llamaré enseguida —se despidió Emmy.

Wendy tenía la vista fija en Fancey y le vio ponerse muy serio.

—¿Malas noticias? —preguntó.

—Pésimas. Alguien ha contratado a un asesino profesional para quitarme de en medio —respondió el joven.

—¡Jesús! —Se pasmó Fay.

Wendy se puso una mano en la boca.

—Y todo... por mi culpa...

—No, por culpa del sujeto que secuestró al hijo de los Barker y que, insisto, debe de ser el mismo que quiere sacarte medio millón. Pero puede que haya una forma de evitar el riesgo.

Fancey volvió a levantar el teléfono y marcó un número. Momentos después, escuchaba la voz de Holton.

—Kit, ¿quiere ganarse cinco mil «pavos»? —preguntó, sin más rodeos.

—Diablos, eso no se pregunta siquiera —contestó Holton—. ¿Qué he de hacer?

—Tengo noticias de que alguien ha contratado a un asesino profesional para quitarme de en medio. Busque, indague, levante las piedras si es preciso, pero encuéntrame a ese tipo repugnante. Del resto me encargaré yo, ¿entendido?

—Sí, jefe.

—Y tenga cuidado, no sea que acabe como Spike.

—No me gustaría —rezongó el hampón—. Está bien, haré todo lo que pueda.

—Gracias, Kit.

Fancey dejó el teléfono en su sitio y miró a la muchacha.

—Es una lástima que no encontrásemos nada en la oficina de Spike —dijo—. Y si había algo interesante en su casa el asesino se lo llevó.

—O no —terció Fay súbitamente.

Fancey y Wendy se volvieron hacia el ama de llaves.

—Spike fue siempre un zorro —continuó Fay—. Estuve casi cuatro años con él y llegué a aprender muchas cosas, aunque siempre mantuve la boca cerrada. De cuando en cuando, se iba a su cabaña de pesca... Bueno, eso sí es cierto; le gustaba pescar. Pero muchas veces se llevaba una cartera llena de papeles. En un par de ocasiones, le vi meter buenos fajos de billetes. Y siempre traía la cartera vacía.

Los ojos del joven chispearon.

—Fay, en cuatro años habrá llegado a saber dónde está esa cabaña —exclamó.

El ama de llaves sonrió maliciosamente.

—Si me permite, le guiaré, señor —dijo.

—No tengo coche...

—El mío está abajo —indicó Wendy.

Fay empezó a quitarse el delantal.

—Dentro de una hora podemos estar en la cabaña de Spike —aseguró.

CAPÍTULO IX

La cabaña carecía de comodidades y, a no ser por el paisaje, no habría merecido la pena ir hasta allí. Era una construcción de una sola pieza, en la que había dos camastros, una mesa, algunos taburetes y una cocina antiquísima, amén de un par de alacenas y dos o tres lámparas de petróleo. Para el café y los guisos, era preciso acarrear el agua en cubos desde el arroyo próximo.

—Ni siquiera tiene lavabo —dijo Fancey, haciendo una mueca de desagrado.

En la parte delantera, había un porche con dos desvencijadas mecedoras. Fancey se preguntó dónde podría haber escondido Spike unos documentos que, con toda seguridad, debían de comprometer gravemente a muchas personas.

—Los papeles deben de estar en alguna parte —dijo—. Pero ¿dónde?

Wendy taconeó el suelo, que sonó a hueco.

—En el sótano —indicó.

—No hay sótano —contradijo el ama de llaves—. La cabaña está al aire. Si el suelo suena a hueco, es porque debajo de las tablas del piso no hay nada.

Examinaron las alacenas y luego los camastros y los jergones. Fancey empezó a sentirse descorazonado.

—¿Habremos perdido el tiempo? —murmuró.

Paseó la vista a su alrededor. Luego, sin saber cómo, elevó la vista al techo.

Entornó los ojos. ¿Por qué, en aquella parte del techo tenía que haber un par de mantas navajo, como si no pudiesen estar enrolladas en otra parte?

Acometido por una súbita inspiración, se subió a un taburete y arrancó a tirones las dos mantas. Un cuadrado, de un metro de lado, cuyos bordes apenas si se diferenciaban del resto de la estructura,

apareció a la vista.

—Un cuchillo, por favor.

Fay le entregó el cuchillo. Fancey hurgó en una de las hendiduras. De pronto, se oyó un chasquido.

El cuadrado cedió de golpe. Una lluvia de papeles cayó al suelo. Wendy lanzó una exclamación. Fay se puso en cucullas y cogió dos gruesos fajos de billetes.

Silbó con fuerza.

—Hay casi cien mil «pavos» —exclamó.

Fancey buscó un saquete vacío y lo llenó con los documentos y el dinero.

—Nos lo llevaremos, todo y lo examinaré en casa sin prisas —dijo.

En aquel instante, Fay lanzó una exclamación:

—Eh, ¿quién hace señales con un espejo?

Fancey se extrañó de aquella pregunta. Wendy se acercó a una ventana. El joven la apartó bruscamente.

—¡Atrás! —ordenó.

Ella le miró extrañada. La ventana estaba abierta de par en par. Lo habían hecho a la llegada, a fin de tener luz en el interior de la cabaña.

—¿Qué pasa, Rod? —preguntó la muchacha.

—Fay, ¿dónde ha visto usted brillar el espejo? —quiso saber Fancey.

—Allá, a unos cien pasos de distancia, en aquel grupo de árboles —respondió el ama de llaves.

Fancey se situó en uno de los lados de la ventana. Había un espeso grupo de abetos y le pareció divisar una sombra que se movía.

—Puede que sea el asesino —murmuró.

Wendy se estremeció.

—Está aguardando a que salgamos para disparar contra ti —dijo.

—Sí, y lo que ha visto Fay no es un espejo, sino el reflejo de su rifle —contestó el joven.

Se mordió los labios. ¿Por qué no tender una trampa al asesino?, pensó.

De pronto, se quitó la cazadora. Vio una escoba en un rincón y

la agarró, colocando la cazadora sobre las palmas. Luego puso una sartén pequeña encima, atándola al palo de la escoba con un cordel. Finalmente, sujetó sobre la sartén una vieja gorra que estaba colgada junto a la puerta.

—Bien —dijo, cuando hubo terminado—. Ahora yo colocaré esto en la ventana. El tipo disparará, sin duda. Entonces, pueden ocurrir dos cosas: se largará o vendrá aquí a rematar la tarea. Más bien creo que hará lo segundo, pero, en tal caso, le recibiremos como se merece. Apenas les diga yo, empiecen a chillar desesperadamente, como si de veras me hubiesen herido. ¿Estamos?

Wendy y el ama de llaves asintieron. Fancey las hizo colocarse en un lugar seguro. Luego, agachado, agarró el palo de la escoba y situó el artificio frente a la ventana.

Dos segundos más tarde, se oyó un disparo.

Fancey notó la sacudida de la bala al atravesar su cazadora. Movi6 la escoba a derecha e izquierda, y luego la bajó de golpe.

Las dos mujeres empezaron a gritar a pulm6n herido. Fancey corri6 agachado hacia la cocina y se apoder6 de una pesada sartén.

—Vengan aquí, pero no se dejen ver —llam6.

Wendy y Fay acudieron en el acto. Fancey se situ6 junto a la puerta.

El silencio era absoluto. Transcurrieron algunos minutos.

De pronto, se oyeron crujir las tablas de la baranda. La puerta se abri6 y empez6 a girar con gran lentitud.

Un hombre entr6 cautelosamente, con el rifle en las manos. Casi en el acto, se dio cuenta de que algo iba mal, pero la sartén se abatía ya sobre su cráneo y no pudo evitar el golpe que le priv6 del conocimiento instantáneamente.

Wendy lanz6 un peque6o grito. Fay palmote6 vivamente.

—¡Bravo!

Fancey se inclin6 sobre el caído. Apart6 el rifle y al registrarle le encontr6 un peque6o rev6lver, en una funda sobaquera. Luego le hizo volver boca arriba y registr6 sus bolsillos cuidadosamente.

—Cinco mil dólares —dijo, ense6ando un fajo de billetes que el asesino tenía en un bolsillo.

—Fago por adelantado, ¿eh? —exclam6 el ama de llaves.

—No estoy muy corriente de las costumbres de los asesinos profesionales, pero me parece lógico —contest6 Fancey—. Fay,

traiga un poco de agua, por favor.

—Sí, señor.

—Rod, ¿qué vas a hacer con este individuo? —preguntó Wendy.

—Soltarle, naturalmente.

—¿Soltarle? ¿Sin avisar a la Policía?

—Wendy, le dejarían libre a las pocas horas. El rifle es un arma de caza y tiene la licencia. En cuanto al revólver, le pondrían una multa y algunos días de cárcel... y no ganaríamos nada con ello.

—Pero seguirá asesinando gente por dinero.

—¿Voy a matarlo a sangre fría?

Wendy se calló. La lógica de Fancey le parecía irrefutable.

Fay llegó con un cubo de agua y lo arrojó sobre el rostro del caído. El pistolero empezó a moverse. Al cabo de unos minutos, consiguió sentarse en el suelo.

—Buena me la ha jugado —dijo rencorosamente.

—Usted puede hablar. Si las cosas le hubieran salido bien, yo estaría muerto ahora —contestó Fancey. Le enseñó su propia billetera—. Se llama Earl Saltman —añadió.

—Sí, es mi nombre.

—Uno de sus «nombres», pero no importa. Estoy seguro de que no nos va a decir quién le pagó por matarme.

—¿Cree que lo conozco? Me llamaron, vine, esperé en el hotel y luego me citaron en una cabina telefónica. Allí recibí una llamada y me dieron todos los detalles. Por la noche, ya tenía el dinero en el bolsillo.

—Y así, el que le contrató no da la cara.

Saltman rió burlonamente.

—Nunca me preocupo del que me contrata, salvo por la cuestión del dinero —contestó cínicamente.

—Y si cobra, pronto hay una persona muerta.

—Es el oficio —dijo el asesino.

—Váyase —ordenó Fancey.

Saltman se puso en pie torpemente.

—Me habrán quitado el dinero, supongo.

—Acertó —repuso Fancey escuetamente.

—Podrá dormir tranquilo a partir de ahora —aseguró Saltman.

Con aire humillado, se dirigió hacia la salida. Luego echó a andar hacia el bosquecillo.

Fancey y las dos mujeres le contemplaban desde la ventana. Cuando llegaba junto a los abetos, sonó un disparo.

Saltman se tambaleó. Wendy apretó las mandíbulas para no gritar.

Se oyó otro disparo. Saltman dio un salto convulsivo y cayó de espaldas al suelo.

Instantes después, se oyó el rugido de un coche que se alejaba a toda velocidad. Wendy, terriblemente impresionada, tuvo que sentarse en un taburete, para no caer redonda al suelo.

El ama de llaves volvió la mirada hacia el joven.

—Usted esperaba algo parecido —dijo.

Fancey asintió.

—Era una posibilidad —contestó.

Levantó el rifle caído en el suelo.

—Tal vez, si lo hubiera llevado en las roanos, el hombre que ha disparado contra Saltman habría creído que éste había cumplido el contrato. Al verle con las manos vacías, supuso que había fracasado y decidió eliminarlo.

—¿Por despecho? —preguntó Wendy.

—Tal vez pensó que Saltman, irritado por su fracaso, quisiera buscarlo y darle su merecido, por haberle enviado a un sitio en donde resultó vergonzosamente derrotado.

Fancey agarró el rifle, salió de la cabaña y lo lanzó a lo más profundo del arroyo. Regresó, cargó con el saco lleno de papeles y agitó la mano.

—Es hora de que nos marchemos —dijo.

—¿Avisarás a la Policía? —preguntó Wendy, cuando ya estaban en el coche.

—Fay, ¿qué me aconseja usted? —consultó Fancey.

—Deje que las alimañas se encarguen de ese bastardo —contestó el ama de llaves—. Y perdone el lenguaje, señorita —añadió incisivamente.

Wendy no contestó. Cuando pasó junto al cadáver de Saltman, evitó mirarlo. El muerto ofrecía un aspecto hartamente desagradable.

Fancey, mientras tanto, se entretenía en contar el dinero. Cuando acabó, dijo:

—Hay más de ochenta mil dólares, Wendy.

—¿Qué vas a hacer con ese dinero, Rod? —preguntó la

muchacha.

—Quedármelo, naturalmente.

—¿Hablas en serio?

—Cuando te lo explique todo, y aún no es el momento, comprenderás que es una decisión enteramente lógica —respondió Fancey.

Devolvió los billetes al saquete y contempló unos instantes los papeles que había allí acumulados.

—Sospecho que tendré que pasarme la noche en vela, examinando el fruto de la burocracia del difunto Carsins —añadió.

CAPÍTULO X

Por la mañana, con los ojos enrojecidos y después de haber consumido un par de litros de café, Fancey llamó a la muchacha.

—El asalto a la *Werrens & Schuman* será pasado mañana. Todos los meses, el día doce, envía un cargamento de barras de platino, elaborado en su fundición. El furgón va escoltado por un par de guardias de la propia compañía, pero lo detendrán en el camino y le lanzarán gases lacrimógenos. Los guardias tendrán que abandonar el vehículo y... ¿Lo comprendes ahora?

—¿Cómo lo has sabido? —se asombró Wendy.

—Spike hizo un estudio completo del transporte. Hay datos, sin embargo, que sólo una persona muy enterada puede conocer.

—¿Estás pensando en Ormsby?

Fancey guardó silencio durante unos instantes.

—Me cuesta trabajo creer que Ormsby asalte a su propia empresa, pero cosas más extrañas se han visto en este mundo. No obstante, trataré de sondearle.

—Y si no consigues nada, ¿qué harás?

—Avisaré a la Policía, por supuesto. No tengo madera de héroe, Wendy.

—Está bien. ¿Has encontrado algo más de interés?

—Muchos documentos, comprometedores para personas a las que no conozco siquiera. Los he quemado todos, salvo lo que se refiere a la *W & S*.

—¿Tienes ahora algún plan?

Fancey consultó su reloj.

—A mediodía me haré el contradicho con Bat Ormsby —contestó.

Pasadas las doce, Fancey acudió al restaurante situado cerca de las oficinas de la *Werrens & Schuman* y al que Ormsby iba a almorzar a diario. Eligió un sitio estratégico y se sentó a esperar.

Ormsby apareció cerca de la una, acompañado de un individuo, al que Fancey reconoció en el acto. Los dos hombres tomaron asiento en una mesa y encargaron el menú.

Fancey se acercó, con la sonrisa en los labios.

—Hola, Bat —saludó—. ¿Qué tal, Jim?

Ormsby sonrió.

—Hombre, si es el artista —dijo—. Siéntese y almuerce con nosotros —invitó.

—No me gustaría estorbar. Ustedes tendrán que hablar de negocios, seguramente...

Barker hizo un ademán benévolo.

—Hablaremos de mujeres, sobre todo, de lo apetitosas que están nuestras respectivas secretarias —rió—. Los negocios quedan para la oficina. Y, a propósito, Rod, ¿cuándo puedo ir a visitarle para ver sus cuadros?

—Estoy a su disposición en cualquier momento, Jim.

—Mañana, por ejemplo —terció Ormsby.

—No, mañana me voy de caza —contestó Barker.

—¿Piezas grandes? —preguntó Fancey.

—Patos. La caza mayor es carísima —respondió Barker.

Un hombre se acercó a la mesa en aquel momento.

—¡Jim! ¡Jim Barker! —exclamó—. Cuánto celebro verte. Es una estupenda casualidad...

Barker puso cara de desagrado, apreció Fancey. El recién llegado tenía todo el aspecto de un tipo cargante y se dispuso a dar la lata, sin preocuparse de los demás.

—Hacía tiempo que no nos veíamos... Por cierto, ¿cómo está tu esposa? ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, gracias, Tom —contestó Barker secamente.

—Es una lástima que no pueda tener hijos, Jim. Marión es encantadora...

—¿Quién te ha dicho eso, Tom? Tenemos un niño de dos años... Perdonen —dijo Barker de pronto—. Tom McGraw, un viejo amigo... Bat Ormsby y Rod Fancey...

—Hola a los dos —saludó McGraw—. Bueno, si tienes un hijo, has podido perpetuar la especie. —Rió con fuerza—. Sólo te falta escribir un libro y plantar un árbol, como dice el refrán. Bien, no quiero molestarte más, Jim. Adiós a todos.

McGraw se marchó. Barker respiró aliviado.

—Es un buen muchacho, pero, a veces, se pone insoportablemente pesado —dijo.

—Sí, hay gente como McGraw —convino Ormsby—. Ah, Jim, esta vez no habrá envió de lo que ya sabes.

—¿Por qué? —preguntó Barker.

—Dificultades de suministro.

—¿Algún material secreto? —preguntó Fancey sonriendo.

—Platino —contestó Ormsby—. Nos ha fallado el suministro y no podremos tener la cantidad contratada a su debido tiempo.

—Por mí, no hay inconveniente —dijo Barker—. Perdone, Rod, pero aunque no queríamos hemos vuelto a hablar de negocios...

Fancey se puso en pie.

—Están en su derecho —contestó jovialmente—. Todo lo que yo entiendo de negocios es saber cuánto gano al mes, cuánto gasto y cuánto me puede sobrar... si es que se produce tan dichoso acontecimiento. Adiós a los dos.

Regresó a su casa y llamó a Holton, pero no estaba, por lo que tuvo que aguardar a la noche. Al fin, pudo contactar con el hampón.

—Kit, ¿quiénes iban a tomar parte en el asunto de la W. & S? —preguntó sin más preámbulos.

—Bueno, eso era cosa de Spike, que dirigía la operación. EL no estaría presente, desde luego, pero sé que iban a intervenir cuatro tipos.

—¿Tú también?

—No, yo no, ni Burt ni Dan. Le aseguro que no sé quiénes eran... Oiga, no he podido saber nada del asesino...

—Ya no tienes que preocuparte por él. Procura averiguar quiénes van a tomar parte en el asalto y llámame en cuanto sepas algo.

—Sí, jefe.

El transporte debía realizarse el lunes por la mañana. El domingo por la noche, Holton le llamó:

—He podido enterarme de que se ha suspendido el golpe —informó.

—¿Por qué?

—Creo que no habrá transporte... de lo que sea. Ignoro qué

pensaban robar, pero eso es lo que hay.

—Gracias, Kit. Te debo mil «pavos». Ya te los daré en otro momento.

—Sí, señor.

Fancey colgó el teléfono y meditó unos instantes. Luego llamó a Wendy y le dijo que quería hablar con ella personalmente.

—Ven cuando quieras —accedió la muchacha.

Wendy estaba en la terraza de su casa, tomando el sol, aunque ahora con un traje de baño de dos piezas. Una doncella trajo bebidas. Fancey se sentó junto a Wendy y aguardó unos momentos a que se quedasen solos.

—Tú sabes algo —adivinó ella—. Cuénteme, ¿qué hay de nuevo?

—El transporte de la *W. & S.* se ha suspendido. Los asaltantes han sido informados y, por tanto, no se dará el golpe. No habrá robo de medio millón en barras de platino.

—¿De quién sospechas, Rod?

—Barker y Ormsby lo comentaban el pasado viernes, a mediodía. Uno de los dos tiene que ser, a la fuerza.

—Me parece increíble. Ambos están magníficamente situados...

—Por regla general, el culpable suele ser siempre el menos sospechoso —dijo Fancey sentenciosamente—. Para mí, sin embargo, ha tenido que ser uno de los dos.

—En caso de culpar a alguien, ¿por quién te inclinarías?

—A pesar de todo, por Ormsby.

Wendy se quedó pensativa.

—No estoy en situación de contradecirte —dijo al cabo—, pero sería preciso concretar más, investigar con mayor profundidad, en suma.

—Sí, pero ¿cómo? —suspiró él—. La verdad es que no sé qué hacer, Wendy.

—De todas formas, ése no es problema inmediato —con testó la muchacha—. El próximo viernes se acaba el plazo de «mí» problema.

Wendy se levantó, fue hacia una mesita cercana y levantó un papel, que estaba sujeto por una botella. Luego regresó junto a Fancey y se lo entregó.

—Hace media hora que lo he recibido —dijo.

Fancey desplegó el papel y leyó en voz alta:

«El próximo viernes, a las cinco en punto de la tarde, tendrá preparado el medio millón en billetes pequeños, sin marcar y de numeraciones distintas. Irá en su coche pequeño, el “Mercedes” descapotable, con el dinero en el interior de una bolsa de deporte de color rojo, que estará en el maletero. Viajará por la autopista Dos, hasta la salida número cinco. A tres kilómetros, encontrará un camino secundario, que va en dirección Norte. Siga un kilómetro más, párese, saque la bolsa y láncela al otro lado de unos pinos muy grandes que verá al lado derecho. Luego continúe por ese mismo camino que rodea la montaña cercana y acaba de nuevo en la secundaria que la llevará a la entrada cuatro de la autopista. Siga puntualmente estas indicaciones y vivirá largos años, feliz y satisfecha. Como es de suponer, debe abstenerse de comunicarlo a la Policía o a otras personas».

Fancey terminó la lectura y fijó la vista en el rostro de Wendy.

—¿Cuál es tu opinión? —consultó.

—Creo que debería pagar, pero el tipo parece hablar en serio...

—Podríamos prepararle una trampa —murmuró él pensativamente—. Pero tendría que buscar ayuda...

—¿Qué clase de trampa, Rod?

Fancey demoró la respuesta unos segundos. Luego dijo:

—Lo peor de todo es que tienes que usar un coche de dos plazas solamente y que no podré ocultarme en el asiento trasero ni en el maletero. Oye, ¿por qué no te vistes y vamos a dar una vuelta por el escenario que nos han marcado?

Wendy sonrió.

—¿«Nos»? —preguntó.

—Bueno, también estoy metido en el asunto... A fin de cuentas, me enviaron una «coral» para que dejase de husmear en algo que no debería importarme, contrataron a un asesino profesional, para quitarme de en medio... Tengo ganas de jugarle una mala pasada a ese desaprensivo individuo.

—Muy bien, estaré lista dentro de diez minutos —exclamó la

joven alegremente.

—Wendy, ¿qué otros coches tienes, además del «Mercedes»?

—Bueno, está la ranchera que usa la cocinera para ir a la compra, el «Cadillac» de papá...

—Iremos en la ranchera —decidió él.

Una hora más tarde, pasaban por el lugar donde Wendy debía dejar el dinero. Fancey estudió detenidamente el escenario y luego hizo que ella siguiera por el camino que ascendía contorneando la colina.

—Párate aquí —dijo de pronto.

Wendy obedeció. Fancey saltó al suelo y observó el panorama.

—Muy bien —dijo, pasados unos minutos—; ya tengo la idea básica para la trampa que tenderemos al autor del anónimo.

—¿Puedes explicarme en qué consiste? —preguntó ella.

—Te lo diré por el camino —sonrió Fancey.

Se quedó a almorzar en casa de Wendy y regresó a su apartamento a las siete. Fay le consultó por sus preferencias para la cena y luego él le dio una orden:

—Mañana, por la mañana, irá a comprar una bolsa de deporte, de color rojo. Tiene que ser bastante grande y no le importe el precio, ¿estamos?

—Sí, señor.

—Otra cosa, usted no conocerá un experto en explosivos, ¿verdad?

Fay se horrorizó.

—¡Dios me libre...!

—Me lo suponía. —Fancey levantó el teléfono y marcó un número—. Emmy, necesito hablarte —dijo a poco.

—Ven a mi casa —propuso ella.

—Estoy acatarrado.

—No me hagas reír. En todo caso, yo tengo una medicina muy buena para el catarro.

Fancey se resignó.

—Ya se me ha curado —dijo.

Colgó el teléfono y se encaminó hacia la puerta.

—No sé a qué hora regresaré, Fay, no es necesario que me aguarde levantada. Pero ciérrese bien por dentro —aconsejó.

—Descuide, señor.

Fancey salió a la calle. Se preguntó si Emmy conocería al tipo que necesitaba y también cuánto le costaría. Pero tenía dinero en abundancia y merecía la pena gastarlo. Un día tendría que rendir cuentas a su legítima propietaria, pero confiaba en la comprensión de Wendy para que no le formulara ningún reproche al respecto.

Dos días más tarde, Fancey procuró coincidir en el mismo restaurante con Ormsby. Instruida por él, Wendy llegó a los pocos minutos y se sentó en la misma mesa. Mientras almorzaban, charlaron de temas intrascendentes. Luego, casi al final, Wendy hizo una pregunta:

—Bat, ¿qué hay del transporte de platino de la W.&S.?

Ormsby se sorprendió vivamente.

—¿Por qué lo dices?

—Tengo curiosidad —contestó ella—. A fin de cuentas, en esa empresa estás asociado con mi padre, si no me equivoco...

—Es cierto —admitió Ormsby—. Bueno, todos los meses hacemos un envío de barras de platino, que compra el gobierno. Es un metal muy necesario en la industria, sin hablar del que se emplea en joyería.

—Sí, eso ya lo sé. Pero ¿no hay peligro de que lo roben?

—Oh, va custodiado por unos hombres verdaderamente expertos. Lo que sucede es que este mes no habrá envío de platino.

—¿Por qué?

—Hemos tenido dificultades en el suministro de materia prima para la fundición. Él envío tendrá que retrasarse, al menos, otras dos semanas, si no un mes.

—¿No os demandarán por incumplimiento de contrato?

—Oh, no. Barker es muy comprensivo y ha aceptado nuestras disculpas.

Wendy levantó las cejas.

—¿Has dicho Barker? ¿Jim?

—Sí, el mismo.

—No entiendo, Bat. ¿Qué tiene que ver Barker con esto?

—Bueno, es ejecutivo de la empresa que tiene el contrato con el gobierno. Digamos un intermediario.

—Eso encarece el precio de coste, ¿no? —dijo Fancey—. Vamos, no es que yo entienda de negocios, pero, me parece, la empresa de

Jim tendrá que ganar algo.

—Así son los negocios —sonrió Ormsby—. Nosotros teníamos platino y necesitábamos clientes. Barker los buscó.

—Cualquiera diría que ustedes no sabían hacerlo.

—Rod, si usted quiere enviar una mercancía a Europa por mar, no la llevará directamente al barco, sino que la encargará la operación a un representante de esa compañía naviera, ¿verdad?

Fancey se echó a reír.

—Es un ejemplo contundente —contestó—. Me ha convencido, Bat. Gracias por la explicación.

Hizo una seña disimulada a Wendy. La muchacha supo así que podían dar por terminada la conversación.

Fancey abonó la cuenta, a pesar de las protestas de Ormsby, del que se despidieron a poco. Luego, los dos jóvenes salieron a la calle.

—Bien, ¿qué has deducido de todo esto? —preguntó Wendy.

—Una cosa tan sólo: uno de los dos es el culpable. Bat o Jim, pero ¿cuál de ellos?

Fancey se mordió los labios y añadió:

—No queda otro remedio que aguardar al viernes, a las cinco de la tarde. Todo lo que ha sucedido hasta ahora está íntimamente relacionado con la extorsión de que quieren hacerte objeto. Pese a todas las apariciones, Barker u Ormsby necesitan dinero desesperadamente y tratan de conseguirlo por cualquier procedimiento.

—Me sentiré muy triste cuando conozca al verdadero culpable. Los conozco bien y lamentaré que uno de los dos se haya convertido en un sanguinario asesino, aunque no haya ejecutado los crímenes por su propia mano.

—Estás equivocada. Por lo menos, mató personalmente a dos hombres: Spike y Saltman —contestó Fancey—. Pero creo estar en condiciones de afirmar que el viernes habrá terminado su carrera criminal, sea quien sea.

CAPÍTULO XI

El viernes, a las once de la mañana, cuando Fancey se disponía a salir de casa, sonó el teléfono. Fay lo atendió y luego se lo pasó:

—Para usted, señor. Es una tal Emmy...

—Ah, sí, muchas gracias. ¿Emmy?

—Hola, Rod. Tengo noticias interesantes para ti. Escucha con atención.

La dueña de The Red Cave habló durante unos minutos. Cuando terminó Fancey se sentía estupefacto.

—¿Es posible, Emmy? —preguntó.

—Como lo oyes. No hay duda alguna sobre todo lo que te he dicho. Puedes confirmarlo en cualquier momento, si no me crees.

—Sí, te creo. Gracias, Emmy; no sé cómo pagarte este favor...

—Ven a verme pronto —pidió ella.

Fancey vaciló.

—Bueno, en cuanto me sea posible —contestó, evasivo.

Emmy era una mujer hermosa, ardiente y llena de encanto en determinados aspectos, pero no sentía el menor deseo de complicarse la vida con una relación que podía tener un final harto desagradable. En cierto modo, Emmy era muy absorbente y tenía un genio demasiado vivo. Inevitablemente, con el tiempo, surgirían los conflictos y...

Valía más no pensar en ello. Colgó el teléfono y, de *repente*, se le ocurrió una idea.

Llamó a Holton. Kit estaba en su casa.

—Necesito que me digas una cosa —manifestó.

—Sí, jefe. ¿De qué se trata?

—¿Sabes quiénes iban a tomar parte en el asalto al furgón de la W.&S.?

—Bueno, nosotros habíamos quedado descartados. He oído rumores acerca de la banda de Rearding. Un tipo muy peligroso.

Nosotros somos unos angelitos comparados con él.

—A pesar de todo, Spike se encargó de liquidar a Garret.

—Garret no era un santo, precisamente, jefe —se defendió Holton.

—Está bien, por hoy, eso es todo.

Era la última vez que hablaba con Holton, decidió. Ya no quería seguir relacionándose más con un hampón, al que no podría acusar de complicidad en el asesinato de Garret. «Pero los tipos como Kit están destinados a un final nada agradable», pensó, mientras abría la puerta de su casa.

Apostado en lo alto de la colina, detrás de unos arbustos de espeso ramaje, Fancey contempló el lugar en donde Wendy debía entregar el medio millón. Llevaba allí cuatro horas y empezaba a sentir cierta impaciencia. Por otra parte, sabía que no había tenido otro remedio que ir con tanta antelación, para no ser visto por el asesino.

Consultó el reloj. Todavía faltaba un cuarto de hora para las cinco. Se sentó en el suelo y encendió un cigarrillo.

Diez minutos más tarde, volvió a levantarse. A través de los prismáticos, vio a lo lejos un coche rojo que se acercaba lentamente al punto de cita. Poco después, el «Mercedes» se detuvo y su conductora se apeó.

Wendy levantó la tapa del portaequipajes, sacó una bolsa y la tiró por encima de las pitas. Luego volvió al coche y arrancó.

Fancey continuó observando el panorama. Cuando Wendy estaba a unos cien metros de distancia, vio a un hombre que salía de un cercano bosquecillo de álamos.

El hombre llevaba grandes gafas de color y usaba bigote. Resultaba imposible reconocerlo.

Fancey le vio apoderarse de la bolsa y correr en sentido contrario. En aquel instante, llegaba Wendy y detuvo el coche en un lugar desde donde no *podía* ser visto.

—¡Rod! —gritó.

—Estoy observando al asesino —contestó el joven, sin volverse—. Ahora entra en el bosquecillo... ¡Ah, ya ha caído en la trampa!

Wendy había llevado también unos prismáticos y vio la nube de humo anaranjado que ascendía sobre las verdes copas de los

árboles. Sin embargo, no pareció sentirse muy satisfecha.

—El humo acabará por disiparse y no podremos localizar lo después —objetó.

—No lo creas. El humo sólo sirve para indicar que un sujeto acosado por las deudas, ha abierto la bolsa que supuestamente contiene el medio millón. Pero, al mismo tiempo, una trampa especial le lanzará al rostro unos buenos chorros de tinta indeleble, de la que se usa para los tampones de los sellos oficiales.

Wendy bajó los prismáticos y miró al joven sorprendida.

—Eres un verdadero diablo, Rod —dijo, con una chispa de admiración en sus pupilas.

—Sólo soy un hombre que te aprecia muchísimo y que no quiere que sufras ningún daño. Y ahora, ¿qué te parece si emprendemos el regreso y avisamos a la Policía para que vayan a detener al entintado chantajista?

—Muy bien, de acuerdo —accedió ella.

En aquel instante y casi antes de que se dieran cuenta, llegó un coche a toda velocidad y se detuvo con un estridente chirrido de frenos. Dos o tres individuos se apearon, pistola en mano y les encañonaron amenazadoramente.

—Será mejor que no hagan nada —dijo uno de ellos.

Wendy lanzó un grito de susto y se apretó instintivamente contra el joven. Fancey procuró mantener la serenidad.

—¿Qué es lo que quieren de nosotros? No tenemos dinero...

—Tienen algo que vale mucho más: la vida.

El sujeto hizo una seña con la mano. Los otros dos se acercaron y empezaron a vendarles los ojos.

Fancey creyó adivinar la identidad del sujeto que dirigía la operación.

—Usted es Zande Rearding, ¿no es eso?

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó el interpelado.

—Tengo buenas fuentes de información —respondió Fancey.

—Bueno, no importa demasiado. Sí, soy Rearding.

—El que iba a robar el furgón de la W.&S., ¿verdad?

—Lo haremos al próximo envío, no se preocupe.

—¡Escuchen! —gritó Wendy de pronto—. No sé qué es lo que pretenden hacer con nosotros, pero puedo ofrecerles dinero...

—Lo tendremos muy pronto, no se preocupen —contestó

Rearding desdenosamente.

—El que les contrató no va a poder pagarles. No habla dinero en la bolsa que entregó la señorita Parks —declaró Fancey.

—¡A otro perro con ese hueso! —barbotó el hampón—. ¡Vamos, basta de charla!

Con los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, Fancey y Wendy fueron conducidos al coche de los forajidos. Instantes después, notaron que arrancaba en una dirección que les resultaba completamente desconocida.

Fancey intentó soltarse, pero no lo consiguió.

—Vamos a pasarlo mal, Wendy —dijo tristemente.

—¿Tienes alguna idea del lugar en que nos hallamos? —preguntó la muchacha.

—En absoluto.

Wendy paseó la vista a su alrededor, todo lo que le permitía su actual situación. Estaban en algo que parecía un sótano, sin ventanas, alumbrado por una sola bombilla que pendía del techo y sentados en sendas sillas, espalda con espalda, de modo que no podían verse. Para evitar que pudieran soltarse, manipulando uno las cuerdas que sujetaban al otro, les habían atado las manos a los muslos, lo cual les impedía el menor movimiento.

Hasta llegar a aquel sótano, habían tenido los ojos vendados. Una vez atados a las sillas, les habían quitado las vendas, pero tanto Rearding como sus compinches se habían negado en redondo a contestar a sus preguntas. Luego se habían marchado, dejándolos solos.

Fancey calculó que había transcurrido una hora desde su llegada. No tardarían mucho, supuso, en saber qué iba a ser de ellos.

—Wendy, a veces me pregunto si no hubiera sido mejor estarme quieto desde un principio —dijo con amargura en la voz.

—Oh, no tienes por qué hacerte reproches. La culpa es sólo mía. Debí haber acudido a la Policía; eso hubiera resuelto las cosas de una forma satisfactoria.

—¿Quién sabe? Ah, Wendy, creo que ya es hora de que te rinda cuentas. Por supuesto, he gastado mucho dinero, pero lo recuperaré con el que encontramos en la cabaña de Spike. ¿Sabes?, tengo los doscientos mil dólares que prestaste a los Barker cuando les

secuestraron el niño.

—¡Caramba, ésa sí que es una noticia! —se asombró la muchacha.

—Creí conveniente callar... Espero que sepas dispensarme, Wendy.

—No te preocupes, Rod. Lo importante es que todo acabe bien.

Fancey pensó que lo dudaba mucho, pero no quiso hacer partícipe de sus aprensiones a la joven. Ya llegaría el momento de sentir verdadero temor.

—Rod —dijo ella de pronto—, ¿tienes novia?

—¿Eh? —Respingó el joven—. ¿Quieres decir... si hay alguna mujer con la que haya pensado en casarme?

—Pues, sí, eso quiero decir. Eres joven, bien parecido, tienes dotes de artista...

—No, hasta ahora nunca había pensado en el matrimonio. He tenido algunas aventurillas, claro, pero no dejaron rastro...

—Me alegro, Rod. ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Wendy! —chilló él.

—Hablo en serio. ¿No me encuentras atractiva?

—¡Por todos los diablos...! Eres guapísima, pero yo sólo soy un «pintamonas»...

—Eres todo un hombre y eso es suficiente para mí. Vamos, contéstame.

—¿Qué dirán tus padres, Wendy?

—¿Sabes que tengo casi veinticuatro arios y que, por tanto, puedo decidir libremente sobre este aspecto de mi vida privada?

—Wendy, antes de pensar en otras cosas, tenemos que buscar la forma de salir de este aprieto —dijo Fancey con acento nada optimista.

—Dudo mucho de que lo consigan —sonó de pronto una voz en la puerta del sótano.

Wendy se estremeció vivamente. Fancey trató de conservar la serenidad.

—¿Se ha lavado la cara, Jim Barker? —preguntó.

Hubo un momento de intenso silencio. Luego, Barker dijo:

—No se lo perdonaré nunca, Fancey. Empezó privándome de doscientos mil dólares...

—Con los cuales pensaba pagar un secuestro inexistente, porque

nunca tuvieron hijos. Marión es estéril. Lo dijo el entrometido de McGraw.

—¿De quién era el niño, Jim? —preguntó Wendy.

—Una prima de mi esposa tuvo que hacer un viaje inesperado y nos pidió que se lo cuidásemos. Entonces, se nos ocurrió la idea...

—Porque están sumergidos en un mar de deudas —acusó Fancey—. Wendy, si tú eras amiga de los Barker, ¿cómo podías ignorar que no tenían hijos?

—Es que nunca mencionamos el tema, hasta que surgió lo del secuestro —contestó la muchacha.

—Además, no hacía tanto tiempo que nos conocíamos —dijo el propio Barker—. Sólo unos meses y...

—Y como falló en el asunto de los doscientos mil dólares, ideó la forma de sacar medio millón a Wendy, sobre todo, porque ya sabía que no se iba a realizar el envío de la *W. & S.* merced a sus relaciones con Ormsby. Es mal asunto trazar planes, cuando se está desesperado por algún motivo. Nunca salen bien las cosas, ¿verdad?

—Usted lo estropeó todo, con su maldito disfraz de Groucho Marx —gruñó Barker.

—¿Por qué no fue usted? —preguntó Fancey.

—Tuve una avería en el coche y me resultó imposible llegar a tiempo. Cuando la repararon, era ya demasiado tarde para asistir a la fiesta.

—Entonces, te diste cuenta de que la lista de invitados te podía comprometer y por eso enviaste a un tipo para robarla —dijo Wendy, furiosa—. El pobre Augustus resultó muerto... ¡No te lo perdonaré nunca, Jim!

—Ahora ya todo me da igual. Los dos saben quién soy y no puedo dejarles vivos.

—Sobre todo, si se piensa que mató a dos personas por su propia mano —exclamó Fancey—. Y también, sospecho, liquidó a Spike. ¿Por qué, Jim?

—Tenía dinero, pero no pude encontrarlo.

—Vaya un jefe de banda... —dijo el joven despectivamente—. Contrata a unos tipos para que den un golpe y luego no puede pagarlos. En medio de todo, Carsins era un ingenuo. Lo mismo que Rearding y su cuadrilla. Si esperan cobrar algo de usted, pierden el tiempo.

—¡Cállese, cállese! —gritó Barker exasperadamente—. Lo mío tiene arreglo de una forma u otra. Pero ustedes no podrán decir lo mismo, porque no van a salir vivos de este lugar.

—¿Cómo va a matarnos, Jim? ¿Piensa pegarnos dos tiros en la cabeza?

—Me divertiré un poco, pensando en su agonía. Si no he conseguido dinero, al menos tendré un poco de diversión.

Barker fue a un rincón de la estancia y abrió un grifo. Inmediatamente, se oyó el ruido del agua que brotaba con gran fuerza.

CAPÍTULO XII

Fancey hizo un esfuerzo y alcanzó a ver el chorro de líquido que brotaba a poco más de un metro del suelo y que era casi tan grueso como su muñeca. Evidentemente, se trataba de una boca de toma de agua para incendios, aunque debía de estar en desuso desde hacía muchísimo tiempo.

El líquido se extendió rápidamente por el suelo. Wendy lanzó un frenético chillido:

—¡Jim! ¡Déjanos libres! Te daré el dinero, te prometo que callaremos y no diremos nada, pero déjanos vivir...

Barker soltó una estruendosa carcajada.

—Ya es tarde —contestó—. Todos mis planes se han ido al diablo y no sé cómo saldré adelante. Supongo que tendré que escapar de la ciudad, pero, al menos, me sentiré satisfecho por saberos en el infierno.

—Está loco, loco de remate —murmuró Fancey.

Barker había perdido todo sentido de la medida. Estaba completamente derrotado y ahora sólo había una idea fija en su cerebro: vengarse, al precio que fuera.

—¡Adiós, estúpidos! —dijo Barker como despedida final.

Por encima del ruido del agua, oyeron el estruendo de la puerta que se cerraba. Fancey sintió mojados sus tobillos y forcejeó desesperadamente, sin conseguir el menor resultado.

—Creo que sobreviviremos, Rod —dijo Wendy de pronto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—Las sillas no están sujetas al suelo y flotaremos, cuando el agua alcance un determinado nivel. Luego, dejará de manar, porque el aire que hay en el sótano, aunque comprimido, evitará el aflujo de líquido. Es una simple ley física, querido.

—No te sientas optimista. Perderemos el equilibrio y no conseguiremos mantener la cabeza fuera del agua. Lo más probable

es que quedemos cabeza abajo... eso sin contar con que la puerta no creo que sea absolutamente estanca y algo de agua se filtrará por las juntas. Entonces, el sótano se llenará y...

La puerta se abrió repentinamente. Alguien soltó una estrepitosa carcajada.

—Lástima de cámara fotográfica —dijo Emmy *la Rata*.

—¡Emmy! —gritó Fancey—. Cierra el grifo inmediatamente.

—Claro, hombre.

El ruido del agua cesó a los pocos instantes. Fancey sentía ya mojadas las piernas hasta las rodillas.

—Emmy, busca un cuchillo —pidió el joven.

—Sí, ahora mismo.

Minutos después, estaban sueltos. Fancey se frotó las muñecas.

—Emmy, te presento a Wendy Parks —dijo—. Wendy, ella es Emmy, una buena amiga.

—Parks es un apellido muy importante —sonrió Emmy.

—Voy a perderlo todo muy pronto —contestó la muchacha—. Me llamaré Fancey.

Las cejas de Emmy se alzaron.

—Felicidades —dijo.

—Gracias —contestó Fancey—. Emmy, ¿cómo has llegado...?

—Capté rumores. En el fondo, Rearding es un «bocazas». Habla demasiado y yo supe que estaba en un asunto nada honesto, como todos los suyos. Busqué a uno de sus compinches, le solté un poco de dinero y...

—Te lo devolveremos, Emmy —prometió el joven—. Pero ahora tenemos que salir de aquí. Es preciso conseguir que Barker sea arrestado por la Policía.

—Bueno, bueno, basta de charla. Lo mejor será que nos larguemos de aquí cuanto antes.

Emmy les precedió en la ascensión al piso superior. Fancey pudo ver que se hallaban en un viejo edificio, sin duda un almacén en desuso, en el que todavía se veían algunas máquinas ya herrumbrosas y cajones vacíos. Cuando lo cruzaban, Emmy se volvió hacia la pareja:

—Es de Rearding —explicó—. Aquí realiza alguno de sus sucios negocios. Si estas paredes pudiesen hablar, dirían cosas que les pondrían los pelos de punta. —Pateó el suelo—. El cemento es ideal

para cubrir una sepultura —añadió con macabro sentido del humor.

—¿Hay aquí algún muerto? —preguntó Wendy ingenuamente.

Emmy soltó una risotada.

—Mañana vendrá la Policía y empezará a usar perforadoras con aire comprimido. Apuesto doble contra sencillo a que no destapan menos de cuatro tumbas.

Llegó hasta la puerta y la abrió, pero la volvió a cerrar inmediatamente.

—¡Viene alguien! —exclamó—. Lo mejor será que nos escondamos.

Fancey agarró la mano de Wendy y tiró de ella hasta el otro lado de un enorme cajón de embalaje. Una tabla se soltó de pronto y cayó al suelo. Wendy lanzó un grito de susto.

—Calma —aconsejó el joven—. Emmy, aquí tú también.

El cajón estaba en posición vertical y medía más de dos metros de altura. Faltaba la tapa y lo que había sido suelo estaba orientado hacia la puerta. Las dos mujeres se ocultaban en el hueco. Fancey, a falta de otra cosa mejor, agarró la tabla, dispuesto a defenderse como fuera.

Fuera se oyó chirrido de frenos. La puerta se abrió con violencia y un hombre entró a la carrera. Apenas había franqueado el umbral, se volvió, extendiendo las manos en actitud suplicante.

Fancey se quedó atónito al ver a Barker. Su vuelta a aquel lugar le resultaba incomprensible.

Alguien entró casi en el acto, empuñando una pistola. Barker lanzó un chillido de espanto.

—¡No, Zander, no dispare! —rogó, lleno de pánico—. Deje que le hable... Los prisioneros están aún abajo... Podemos sacarles un millón...

—¡Al infierno! —bramó Rearding—. Me he dejado engañar una vez, pero no volverás a repetirlo. Yo me encargaré de los prisioneros y tendrán que pagar lo que les pidan, y le aseguro que pagarán. Pero tú...

La pistola vomitó un fogonazo. Barker gritó horriblemente.

Rearding disparó por segunda vez. Barker se tambaleó, con las manos en el pecho.

Sollozaba de miedo.

—No, no...

Implacable, Rearding le metió una bala en la cabeza.

—Lo único que siento es que tendré que gastar unos cuantos sacos de cemento —dijo de mal humor.

Enfundó la pistola y avanzó hacia el sótano. Fancey abandonó su escondite.

Rearding oyó pasos y empezó a volverse, pero la tabla, que se movía horizontalmente, le alcanzó en el lado izquierdo del cráneo. Se oyó un crujido de madera rota y el asesino se desplomó al suelo sin sentido.

Fancey arrojó a un lado el trozo de tabla que le había quedado en las manos.

—Wendy, Emmy, ya pueden salir —dijo.

Las dos mujeres asomaron la cabeza temerosamente. Emmy contempló el ensangrentado cuerpo de Barker y meneó la cabeza.

—Será mejor que avise a la Policía —dijo.

—Sí, es una buena idea —aprobó Fancey.

Luego se acercó a la muchacha y pasó un brazo por su cintura.

—Todo ha acabado ya —sonrió, a la vez que la empujaba suavemente hacia el exterior.

Salieron a la noche y respiraron a pleno pulmón.

—Me parece mentira... Creo que he salido de una pesadilla —dijo la muchacha.

—Un hombre ambicioso y sin escrúpulos ha pagado con su vida los errores cometidos —murmuró él—. ¿Crees que Marión habrá tenido algo que ver con lo que hizo su esposo?

—Es posible, pero ¿quién lo demuestra?

Fancey recordó entonces la conversación sostenida con Vicky *el Rápido*. Vicky había entregado la lista de invitados robada en la residencia de Wendy. La persona que la había recibido le pareció una mujer, aunque no estaba totalmente seguro de ello.

Si había sido Marión Barker, nunca se podría probar. Y, de todas formas, pensó, ya tenía suficientemente castigo con la muerte de su esposo y la pérdida de cuánto pensaban conseguir.

—Ése es un problema que ya no nos concierne —murmuró, sin darse cuenta de que hablaba en voz alta.

—¿Decías...? —preguntó Wendy.

—No, nada... Ah, sí, es cierto. Espero ahora poder terminar tu retrato.

—¿Mi retrato? —se sorprendió la muchacha—. ¡Pero si no he posado una sola vez!

—Te llevo aquí. —Fancey sonrió, a la vez que se señalaba la frente—. Y tengo fotografías tuyas, de modo que...

—¿Cuándo lo terminarás, Rod?

—Un par de sesiones, tres a lo sumo.

Emmy regresaba ya.

—Llegarán enseguida —anunció.

A lo lejos se oyó una sirena. Emmy contempló un instante a la pareja y sonrió.

—Es una mujer de una pieza, Rod. No te la dejes escapar —dijo.

El señor y la señora Parks llegaron después de un largo viaje y una doncella les ayudó a entrar el equipaje. Antes de que terminasen, apareció una mujer alta, corpulenta, vestida de gris, con cuello y puños blancos.

—Bienvenidos a casa, señores —saludó—. Soy Fay Cook, la nueva ama de llaves.

El señor Parks se quedó boquiabierto.

—¿Ama de llaves...? —repitió—. ¿Quién la ha contratado, señora Cook?

—La hija del señor. El señor puede llamarme Fay. La señora también, por supuesto.

Edith Parks no se sentía menos estupefacta que su marido.

—Me gustaría saber qué barbaridades habrá cometido Wendy en nuestra ausencia —exclamó.

—Bueno, no tardaremos mucho en saberlo. Fay, ¿quiere...? —Parks se interrumpió de pronto, con la vista fija en un cuadro, en el que aparecía Wendy, vestida con un traje de fiesta de color amarillo pálido, en un fondo de cortinas escarlatas, con bordes y borlas de color oro viejo. Estaba sentada y tenía en la mano una rosa también roja, con algunas hojas verdes—. ¡Cielos, es una verdadera obra de arte!

—Así es, señor —confirmó Fay—, y todos los que la han visto hasta ahora coinciden con la opinión del señor.

—Bueno, pero ¿dónde está mi hija? —preguntó Edith Parks.

—¿Por qué no vas a verla a su dormitorio? —sugirió el señor Parks—. Fay, tengo sed. ¿Quiere prepararme una copa?

—Al momento, señor.

Edith se alejó. Segundos después, Parks oyó un chillido.

—¡Sam! ¡Hay un hombre en la cama con Wendy!

El señor Parics respingó.

—Esa hija mía... Sabía que haría alguna locura...

Buscó algo con la vista y encontró un sólido bastón de Malaca, con empuñadura de plata.

—Ahora va a saber ese sinvergüenza quién es Samuel Warbuttom Parks —dijo ceñudamente.

Cuando entró en el dormitorio, vio a Wendy sentada en la cama, junto a un hombre joven, de agradable aspecto. Wendy y el joven sonreían abiertamente.

—Salga de ahí, miserable...

—Papá, te presento a tu yerno —dijo Wendy.

Parks sintió que se le aflojaba la mandíbula.

—Mi... yerno...

—Mi esposo —corroboró la muchacha—. Nos casamos la semana pasada y no hemos hecho aún el viaje de novios porque os esperábamos para daros la buena noticia.

Edith se tuvo que sentar en una silla, porque las piernas se negaban a sostenerla.

—Hija, ¿no podías haber esperado un par de semanas, al menos? Suponemos que ese joven... tu esposo, será persona decente...

—Me llamo Rod Fancey, mamá —dijo el aludido.

—Mamá, estoy segura de que tú querías una boda por todo lo alto, una capilla inundada de flores, el coro cantando metedlas apropiadas para la ocasión, marcha nupcial, damas de honor y todo lo demás, ¿no es así? —dijo Wendy.

—Así es como me casé yo, hijita —lloriqueó la señora Parks.

—Los tiempos han cambiado, mamá. Rod y yo preferíamos una ceremonia sencilla, íntima, y así lo hicimos.

El señor Parks se puso un cigarro entre los dientes.

—Bien, Rod —dijo solemnemente—, no voy a negar que me siento desconcertado por tenerte en la familia, aunque conozco a Wendy y sé que es muy sensata y no habrá dado este paso sin medir muy bien las consecuencias. Por tanto, cuando te hayas vestido, ven a verme y hablaremos de negocios. Necesito alguien que colabore conmigo, en un puesto de confianza y...

—Papá, Rod es artista.

Parks enarcó las cejas.

—¿El autor de tu retrato?

—Sí, papá. No le gustan los negocios, y si él prefiere ser lo que es, mi deber es apoyarle —contestó la muchacha resueltamente.

El señor Parks se volvió hacia su esposa.

—Un artista en la familia —dijo.

—Por lo que he visto, es muy bueno —contestó Edith—. Pero ahora, más que su pintura me interesa otra cosa, Sam. —¿Qué, Edith?

—¡Un nieto!

Parks carraspeó.

—Será mejor que salgamos, Edith —propuso.

La puerta se cerró. Fancey y Wendy quedaron a solas. —Un nieto— murmuró ella.

—Nuestro hijo —dijo Fancey—. Llegará, ¿verdad?

—Sí, llegará —contestó Wendy ensoñadoramente.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.

